

Un maestro en la Revolución

J. Juan Charles Luna



*Un maestro
en la Revolución*



© D.R. 2010 Herederos de José Juan Charles Luna

© D.R. 2010 Fondo Editorial de Nuevo León

Diseño de la colección: Mario Cantú Toscano

Formación tipográfica: Ángela Palos

Imagen de portada: Una de las entradas de los revolucionarios a Monterrey.

Fondos y colecciones del Tecnológico de Monterrey,

Colección Sandoval-Lagrange.

IMPRESO EN MÉXICO

ISBN 978-607-7577-69-0


FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN

Zuazua 105-2
Centro
Monterrey, Nuevo León.
C.P. 64000
(81) 8344 2970 y 71
www.fondoeditorialnl.gob.mx


UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Ave. Universidad s/n
Ciudad Universitaria
San Nicolás de los Garza, N.L.
C.P. 66451
(81) 8329 4000
www.uanl.mx

*Un maestro
en la Revolución*

J. Juan Charles Luna

Colección Testimonios



Índice

A manera de prólogo	9
Un maestro en la Revolución	25
Agradecimientos	91

A manera de prólogo*

*Quiero dedicar las líneas de este texto
al revolucionario que del pueblo que fue
don José Juan Charles Luna.*

I

La temprana vocación del magisterio

El Congreso del Estado de Nuevo León le rindió un homenaje al profesor José Juan Charles Luna pocas semanas antes de que cumpliera cien años de vida. El homenaje tuvo lugar el 15 de mayo de 1996 y el profesor Charles Luna nació el 24 de junio de 1896 en un lugar conocido como La Poza en el municipio de Galeana, Nuevo León.

El diputado Alfonso González Ruiz dio algunos pormenores acerca de su familia. Fue el tercero de siete hijos que tuvo el matrimonio formado por Francisco Charles Álvarez y Dionisia Luna Bazaldúa: “autodidacta, formalizó y terminó su primaria en el Instituto Mariano Escobedo de Galeana”.

Cuando se inicia el movimiento armado, José Juan, como él dice en su relato, habla con los jóvenes y los

* Una versión más amplia de la segunda parte de este texto fue publicada como artículo en la revista *La Quincena* (16.10.08) con el título “Los Nuncios en la Revolución”.

hombres que marchan a la guerra. Quisiera seguirlos, pero apenas puede con el rifle. Cuando llega el momento, la Revolución, como hizo con muchos mexicanos, lo va a llevar por distintos caminos.

Pero siempre volverá al lugar de origen movido por la vocación del magisterio. No pudo concluir la primaria en el tiempo previsto. La violencia, que era práctica corriente entre los diferentes grupos beligerantes y entre aquellos que se dedicaban al pillaje aprovechando la turbulencia política y social, impedía el curso planeado de la vida comunitaria. Los moradores se veían con frecuencia obligados a mudar su domicilio. José Juan persistía. Primero en San Isidro y luego en Laredo Seco abrió una escuelita rural. El “recrudescimiento del bandolerismo” lo obligó a cerrarla en ambos lugares. La familia, después de un episodio que pudo haberle costado la vida al José Juan que ya andaba en sus veinte abriles, decidió mudarse definitivamente a Saltillo.

¿Cómo ser un abarrotero próspero si los kilos que se venden no son de 900 gramos? José Juan lo intentó en Saltillo, pero fracasó: vendía kilos de mil gramos. Y así fue “dependiente a sueldo, primero en la panadería de ‘El Fénix’ y luego como almacenista en el molino de ‘La Colmena’.”

A punta de bala

En las postrimerías de la Revolución, José Juan se incorpora al 37° regimiento de caballería bajo el mando del coronel José Nuncio Cruz. Al triunfo del movimiento revoluciona-

rio, las facciones de sus protagonistas se disputan el poder de la misma manera que con los enemigos derrotados: a punta de bala. Y en este tramo igualmente sangriento, el joven Charles Luna prueba su valor y su lealtad, pero también los sinsabores de la pugna entre los hombres y las crueldades que se practican unos contra otros.

En las elecciones de 1921 triunfa Álvaro Obregón. José Juan ejerció su derecho al sufragio, pero no nos dice por quién votó: “el voto es secreto”. Los reacomodos en el ejército no se hicieron esperar y al coronel Nuncio lo concentran en la Ciudad de México para servir en la burocracia militar. El 37° de caballería queda bajo las órdenes de otro oficial. Sin su antiguo jefe, un sentimiento de orfandad se apoderó de los antiguos combatientes, “y comenzó a desgranarse la mazorca”. Aunque el trato que le daban los nuevos comandantes no le hacía sufrir mayores lijas, la solidaridad con sus compañeros de armas, a quienes exigían demasiado y maltrataban otro tanto, lo condujo a pedir su baja. “Por no seguir siendo testigo de tales injusticias, me retiré sin pesar, y aún no me arrepiento”, dice el que había alcanzado entonces el grado de capitán segundo.

El fervor de la enseñanza

En la familia Charles había –y se continuó en las generaciones más jóvenes– el fervor de la enseñanza. Emigdio Charles, su hermano mayor y reconocido miembro del magisterio, lo llevó consigo, a guisa de secretario particular, a cumplir con la tarea de organizar el sistema educativo de

Michoacán. En esa tarea, convocados por José Vasconcelos, secretario de Educación de Alvaro Obregón, también participaban otros prestigiados maestros: Emeterio Lozano, Celso Flores Zamora y Germán Treviño. En el contacto con varios grupos de la etnia purépecha, a quienes los educadores nuevoleonese enseñaban los rudimentos del alfabeto (mediante el silabario) e iniciaban en el aprendizaje de varios oficios, José Juan, como muchos de sus contemporáneos, se nutrió de esa otra cultura que nos sigue hablando, aunque cada vez con voz más débil, desde la sabiduría acumulada por la civilización prehispánica.

En Michoacán se casó con María Concepción Urbina y ambos procrearon cuatro hijas. La experiencia recaudada en la organización educativa lo reafirmó en su vocación y le dio instrumentos más pulidos y precisos, que más tarde desarrollaría en la Escuela de Verano de la UNAM, para poner una y otros en práctica de regreso a Nuevo León. La tragedia decidiría su retorno prematuro. El país vivía los últimos meses de la guerra cristera. Esa guerra hizo pagar un alto tributo en sangre al magisterio. Emigdio se alojaba con otros maestros en un hotel y en uno de esos actos bárbaros, que la sociedad mexicana vuelve a conocer en nuestros días, y con métodos semejantes, un grupo de milicianos que ponía a Cristo Rey en calidad de un Moloch católico, penetró a las habitaciones y dio muerte a cuantos creyó enemigos de esa deidad. El profesor Emigdio Charles Luna fue uno de ellos. Una escuela de Galeana ostenta su nombre.

Antes de instalarse definitivamente en su estado, José Juan trabajó como supervisor de estibadores en Tampico y tuvo una corta estancia en Saltillo. No quiso quedarse en la condición de maestro “empírico” –como los llaman en el ámbito magisterial– e ingresó a la Escuela Normal del Estado Miguel F. Martínez para cursar los estudios de la profesión que escogió desde temprana edad. Su generación vio en él al compañero inteligente –al graduarse obtendría el primer lugar–, al educador intenso y al hombre comprometido permanentemente con proyectos para mejorar el aprendizaje. Dirigente estudiantil de esa generación, también lo fue a lo largo de su vida profesional. Su colega Manuel M. Cerna le dirige una carta en términos que transmiten no sólo el reconocimiento por sus cualidades profesionales y de líder natural, sino el afecto que sus virtudes humanas inspiraron en los maestros que lo rodearon:

El hombre es no sólo un ser viviente; es, en especial, un ser proyectante, y dentro de su calidad de “inventor de realidades” traza esquemas temporales dirigidos al porvenir.

Esto ocurre en usted. Cuando lo elegimos por unanimidad para presidir la organización del festejo de un lustro más de nuestra vida profesional, tuvo usted una expresión extraordinaria: “esto es un motivo para vivir y estar en condiciones de que nos reunamos otra vez para celebrar nuestras bodas de oro”.

Su existencia, valiosa para su familia, se proyecta hasta nosotros que somos otra parte de esa familia fraternal que se ha formado gracias al prodigio de la amistad sincera y del clima moral que lograron establecer nuestros maestros. Por eso lo estimamos; y yo, en lo personal, he revalorado lo que usted significa para nuestra generación: un sólido puente de unión cuyos cimientos se ubican en lo más profundo de ese tiempo que ha sido nuestro tiempo.

En esa carta –de las ya muy raras o que no se escriben más–, el profesor Cerna elogia la incansable actividad de don José Juan. “Siempre tiene ante sí una meta que debe realizar en bien de los demás.” En torno al afecto de que él y sus compañeros le han dado muestras cabales, le dice: “Consérvelo como cada uno de nosotros conservamos con gratitud el empeño de usted por sostener en el espacio y en el tiempo nuestra unión solidaria.”

Son pocos los hombres que adquieren la conciencia de respetar ciertos límites. En el profesor Charles Luna, la prudencia no era producto de un cálculo desmenuzado, sino de seguir el criterio que nace en condiciones donde la vida está en juego. A sus hijos solía contarles un episodio que le hizo aprender ese plano de las respuestas humanas. Lo narra en el texto sobre uno de tantos lances en los que participó durante la Revolución. Perseguía con otros a Pancho Villa. Pero el Centauro del Norte improvisaba estrategias como un jazzista al ejecutar una pieza en su saxofón. Instruyó a una retaguardia cubrirle

la retirada. Uno de los que la integraban restó tiempo suficiente a los perseguidores de su jefe atacándolos y alejándose de su metralla. Les disparaba por debajo del cuello de su montura. Después de varias acometidas, al fin los perseguidores lograron derribar su caballo. El hombre cayó con él ya sin signos vitales. En su cuerpo había recibido seis o siete impactos. No era posible que los hubiera podido recibir de golpe. José Juan y el resto que iban tras Villa reconocieron la fortaleza del jinete derivada del cumplimiento de su misión. Ellos no debían seguir en su empeño. Con combatientes como el que los había enfrentado habría sido una temeridad.

José Juan les llevaba a sus compañeros unos quince años de edad; por ello le llamaban *El Viejo*. Con el tiempo se trocaron los papeles. Uno a uno fueron muriendo aquellos jóvenes que así lo apodaron. “Y estaba tan muchacho...”, solía decir. Desde su ser longevo lo lamentaba: “Me están dejando solo.”

El difícil ejercicio de las convicciones

Se graduó de la Escuela Normal en 1932. Ese año fue fundada la Escuela Regional Campesina, (posteriormente Normal Rural General Mariano Escobedo de Galeana), que pronto se distinguió por su carácter combativo. El gobierno la clausuró, por lo mismo, en 1969. El espíritu de esa escuela era el de la Revolución. No otro que el que pulsaba en el ser de José Juan Charles Luna. Ese espíritu lo lleva a sumarse en 1934 a la iniciativa de la llamada

educación socialista, un proyecto de Plutarco Elías Calles que polarizó a la sociedad. En una carta dirigida al profesor Ciro R. Cantú, director de Educación Pública en el estado, se puede leer con claridad lo encontrado de ese proyecto en los mismos que lo apoyaron. Se trata de un documento que hace ver la solidez de sus convicciones y la transparencia de sus sentimientos. Dice:

Muchos son los que, por convicción o por conveniencia, han estado haciendo gala de revolucionarismo, al margen del tan debatido asunto de la Escuela Socialista. Sin embargo, yo me había abstenido de emitir mi opinión, temeroso de que se me considerara entre los segundos y había preferido que se desconfiara de mi filiación a que se me juzgara movido por ambiciones innobles.

Por otra parte, yo creí siempre que la reforma escolar en cuestión no encontraría resistencias, al menos, en tratándose de la parte culta de la sociedad; pero me he venido dando cuenta de que no sólo una gran parte de dicha clase se ha convertido en aliada del clero y de los conservadores, sino que hasta instituciones de filiación netamente liberal ven con desconfianza y aun con saña los postulados de la nueva escuela. Y es por esto que juzgo llegado el momento de definir con palabras una actitud que creo haber definido ya con hechos: estoy con la Escuela Socialista y respaldo en todas sus partes la reforma del art. 3º constitucional. Y al declararme partidario de la Escuela Socialista, como le decía ayer a un compañero, no es porque esté identificado

con ella, sino porque ella se identifica conmigo. Hace mucho que sueño con una educación moral a base de verdad, que lucho contra la superstición y el egoísmo.

Esa lucha no era, ni podía ser por sus antecedentes, una expresión retórica del profesor Charles. En la huelga magisterial de 1939, junto con otros combativos educadores, como Humberto Ramos Lozano, su líder, también homenajeado por el Congreso en la misma ocasión que al autor y al maestro Manuel Gerardo Padilla, dio muestras de valor, entereza y solidaridad en el propósito de reivindicar los derechos del magisterio que les eran conculcados (no pagarles a tiempo y mal) mediante maniobras alevés.

La prolongación del maestro en la memoria

Superado el momento crítico, el profesor Charles Luna volvió al ejercicio apasionado de la docencia. En una decena de unidades escolares de Monterrey, Los Ramones y Villaldama dejó una huella memorable. Una de ellas, la secundaria número 20 del turno vespertino, lleva su nombre.

También se recuerda su participación en el movimiento magisterial que dio origen al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Dentro del sindicalismo magisterial fundó la sección 43 y fue delegado sindical en diversas ocasiones.

Extendió su actividad sindical, a partir de su experiencia como secretario de Acción Obrera de la sección 19, a otras esferas laborales. Así organizó el sindicato de mineros

de Guadalupe y Villaldama y el Sindicato de Obreros y Campesinos de Potrero, como lo apuntó el educador y diputado Alfonso González Ruiz.

Era sin duda merecedor del reconocimiento público. En vida fue considerado Ciudadano Ejemplar de Monterrey e igualmente beneficiario de varias preseas, entre ellas la *Miguel Guadiana*. Figura en la Galería de Forjadores de la Educación, tanto del magisterio estatal como del federal.

En Monterrey, ya viudo, formará una segunda familia con María Luisa Rodríguez Alatorre. Fueron siete sus hijos. Hasta la fecha mantienen lazos de unidad fraternal, unidad que alentó en vida el profesor Charles Luna. Basta hablar con María Luisa, una de sus hijas, quien ve en su media hermana Celia casi una madre, para saber por qué la familia sigue siendo en Nuevo León, a pesar de las tendencias hacia la fragmentación, el aislamiento y la zozobra de los días que corren, el núcleo referencial de mayor importancia en la educación de sus habitantes.

A esa educación, desde muy diversas prácticas, incluida la ebanistería, contribuyó el narrador y actor de aquello que narra en el texto sobre la Revolución en Galeana, título que ahora edita el Fondo Editorial de Nuevo León. Antes fue publicado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia a través del Museo Nacional de Culturas Populares, en 1985. El trabajo fue seleccionado para incluirlo en el tercer volumen del libro titulado *Mi pueblo durante la Revolución*, con motivo del 75° aniversario de la Revolución iniciada en

1910. Éste y otros títulos forman parte actualmente de uno de los diversos acervos bajo la responsabilidad del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

La esposa de don José Juan, quince años menor que él, había fallecido años atrás. Ahora sus hijos se turnaban para cuidarlo (uno cada día de la semana). María Luisa fue “por su beso” dos días antes de que él muriera. Lúcido hasta el último momento, murió el día 31 de diciembre de 2001. Había vivido 105 años, seis meses y siete días, y aún ejerció su derecho al voto en las anteriores elecciones del año 2000.

II



Abraham Nuncio Padilla

El hacendado y la nueva generación

Abraham Nuncio era dueño de la hacienda *La Esmeralda*. Se trataba de uno de los latifundios de la época: situado en Galeana, al sur de Nuevo León, se extendía hasta Coahuila. Allí se hilaba fino, según cuenta José Juan Charles Luna.

De don Abraham, apunta el autor, se decía —aunque a él no le consta, según su matiz— que cintareaba a los peones y les

apuntaba en la tienda de raya con tenedor. Máximo, su hermano, era dueño de San Isidro y de trato más blando hacia los peones.

Los hijos de aquellos hombres entraron en contacto con el ideario de Madero en el colegio de San Juan Nepomuceno, institución donde estudió el prócer. No sólo sus ideas, sino sus actitudes, eran distintas de las de la generación anterior. Reynaldo, el mayor de los hijos de mi abuelo, se destacaba por su bonhomía hacia los trabajadores y su liderato político. Quien esto narraba era un adolescente al producirse el estallido social. En la vida que a él le parecía apacible, los jóvenes de su edad, sin nada que lo explicara, empezaron a jugar a la guerra de guerrillas. Pronto llegó la bola y los alevantó. Al golpe de estado de Huerta y los asesinatos de Madero y Pino Suárez, los jefes de varias regiones del país se pusieron en pie de lucha —el derrocamiento de Porfirio Díaz había sido su primer tiento armado— contra la usurpación. Venustiano Carranza encabezó a los del noreste y a otros más. De la “plebe escarnecida”, dice el longevo y distinguido maestro que fue José Juan Charles, “se nutrió primordialmente la Revolución; pero fue evidente el recio apoyo que recibió de los sectores liberados: trabajadores libres, pequeños propietarios y hasta medianos y grandes terratenientes”. Porque “... ¿qué peleaban Inés Solís, Apolonio Salazar, Diego Luna y Catarino Molina, todos arrendatarios de tierras? Más aún, ¿cuál era el móvil que impulsaba a los terratenientes Reynaldo y José Nuncio, Juan Peña, Rodolfo y Andrés Saucedo?”

Los Nuncio, que habían respondido al llamado de Francisco I. Madero ante el fraude electoral de que éste había sido objeto por parte de Díaz, se incorporaron al ejército constitucionalista y con ello echaron su suerte. En una fotografía que publicó hace años *El Sol del Norte*, diario de Saltillo, aparece con su estado mayor el general Francisco Coss, comandante de las fuerzas insurrectas de la zona colindante de Nuevo León y Coahuila. En la parte inferior se ve a dos niños con el pecho cruzado por pesadas cananas. No mucho mayor luce mi padre en su uniforme de soldado constitucionalista en una fotografía que guardo con gran afecto. Uno de los hombres de Coss era don Abraham. Barba entrecana, mirada de *éjele*, sombrero tejano de ala ancha. Había recibido el grado de mayor.

Confiscada *La Esmeralda* por el ejército federal, el general Coss envió recomendado a mi abuelo a las órdenes del general Antonio I. Villarreal, cuyas tropas habían tomado Monterrey. En la comunicación le comentaba que sus tierras, escenario de fieras batallas, le habían sido confiscadas por “los traidores”. Con el cargo de gobernador, el militar de Lampazos comisionó al mayor Nuncio —paradoja si las hay— para fraccionar los latifundios de la región. Su comisión duró lo que Villarreal y sus tropas en la capital de Nuevo León: unos cuantos meses. Alguien, como en *El compadre Mendoza*, la clásica de Fernando de Fuentes sobre la Revolución, debió cambiar rápidamente el retrato de don Venustiano por el de Villa.



General Reynaldo Nuncio Gaona (centro).

De los muertos la memoria

Los Nuncio, Reynaldo y José, su primo, se batían con éxito y lograban apoderarse de Galeana, Aramberri y Doctor Arroyo, “llegando a dominar casi todo el sur de Nuevo León (...) Estando en esta última ciudad, cooperaron con el general coahuilense Jesús Dávila Sánchez en la toma de la importante plaza de Matchuala, San Luis Potosí.” Se integrarían

después a la brigada que comandaba el general Abraham Cepeda, “hombre culto y educado, caballeroso y bueno”. Siguieron las campañas por varios estados del norte. Los cambios de bando eran frecuentes. Algunos se sublevaban. Por una de esas sublevaciones, Reynaldo sufrió prisión en Concepción del Oro. Con la muerte de Carranza, a quien los Nuncio le fueron leales hasta su trágico fin en Tlaxcalantongo, el cambio de mando, favorable a los sonorenses encabezados por Obregón, se torna en revés para José Nuncio Cruz, el jefe del valiente soldado José Juan Charles. Reynaldo había sido ascendido a general y José Juan a capitán segundo. Pero las cosas ya no eran las mismas. La Revolución cedía terreno a la política palaciega y a la burocracia. Al coronel : le quitaron el regimiento bajo el cual militaba José Juan. Y sus hombres se dispersaron: “... desde que nos quitaron al

coronel (porque desde nuestro punto de vista, no le quitaron la gente al coronel, sino a la gente le quitaron el coronel) empezamos a sentirnos huérfanos, y comenzó a desgranarse la mazorca: todo mundo empezó a pedir su baja”.

Entre la Revolución y la política no había mucha diferencia a la hora de deslindar los campos o los intereses. En ambas la confrontación se resolvía a balazos. Pedro, menor que Reynaldo, fue un militar brillante. Su inteligencia –proverbial en la versión de la familia– lo había hecho alcanzar el grado de coronel a los 23 años. No fue abatido sin embargo por la metralla, sino por la naturaleza que también pone su parte en las guerras. Víctima del paludismo contraído en un lugar del estado de Morelos durante un encuentro contra las fuerzas de Zapata, apenas duró lo suficiente para ser trasladado a la Ciudad de México y morir rodeado de sus familiares, que allí se habían concentrado.

Más hábil en el terreno de la política y la gestión que en el de la guerra, Arnulfo, el más joven de los Nuncio, llegó a ser regidor de Tacuba cuando contaba poco más de veinte años. En el México bronco (que aún no desaparece del todo por lo que puede verse), hacer de los adversarios enemigos a muerte era una y la misma cosa. Sus enemigos le tendieron una celada, pero confundieron su figura con la de su hermano Abraham, y a éste lo *venadearon*. Arnulfo siempre se sintió en deuda con el hermano muerto, y una manera de pagarla fue poniéndole su nombre al primogénito de su segunda familia: el que ahora escribe estas líneas. Son una manera de recordar a sus muertos; entre ellos, el

movimiento revolucionario en el que participaron su abuelo, sus tíos y su padre. Y una manera también de recordar a José Juan Charles Luna, el maestro de estilo calmo y maneras afiligranadas al que acompañaban los latidos de un corazón generoso y valiente, sin cuyo relato estas líneas y las memorias que contienen habrían sido imposibles.

Abraham Nuncio.

Un maestro en la Revolución

Nací en la Congregación de La Poza, del municipio de Galeana, N. L., el 24 de junio de 1896; pero muy pequeño aún, emigré con mis padres a varios lugares del municipio, estableciéndonos finalmente en el rancho de San Isidro, de la hacienda La Esmeralda, propiedad de los señores Nuncio, don Abraham y don Máximo.

Tanto La Poza como San Isidro se encuentran a corta distancia de la ciudad de Galeana, la cabeza municipal, a donde yo tuve que concurrir a la escuela cuando fui mayorcito, pues en los ranchos no se conocían estos centros de educación. Por esta razón, me voy a demarcar como ámbito para el desarrollo de este trabajo, todo el municipio de Galeana.

Primera década

Mis recuerdos más remotos arrancan de las postrimerías del siglo pasado y las dos primeras décadas del presente, el tiempo que permanecí en la región.

La vida allí era apacible, por lo menos para mí y mi familia, pues mi padre no era asalariado sino arrendatario

de tierras de don Abraham Nuncio, por lo que no teníamos más tratos con los patronos que los que impone la convivencia entre vecinos. En honor a la verdad, tampoco los peones eran tratados despóticamente por don Máximo Nuncio, que era el que vivía en San Isidro. Los levantaba temprano, es cierto: pero él mismo andaba ya levantado. Además los llamaba en tal forma que estoy seguro que se levantaban sonrientes. Aún recuerdo las frases, entre alegres y chuscas, con que los invitaba a levantarse. He aquí unas pocas: “Juan Flaco’ para esos huesos de punta”. “Jorge y ‘Juanío’, levántense a ‘miar’, no se hagan barrigones”. “Juan Ramírez, Juan Ramírez, ya es hora de desmanear y ver las que están pasmadas”. Y seguía el repertorio con un tono de voz que más parecía una sugerencia que una orden. A veces yo me levantaba a hacer algo: ordeñar la vaca, rajar leña o, de perdido, hacerles tercio a Jorge y “Juanío”.

En La Esmeralda se hilaba un poco más delgado. Don Abraham era más autoritario, y aunque poco se metía con la gente, tenía un mayordomo enérgico al que transmitía desde por la noche las órdenes sobre las actividades a realizarse al día siguiente. Él, don Abraham, dormía tarde y sólo salía al campo a supervisar los trabajos después de un succulento almuerzo preparado por el “Gato”, como le decían a Adelaido, no recuerdo de qué... Entonces sí, era de verse la figura gigante del “viejo” cabalgando en el “Rebozo” o en el “Cabrito”, caballos de gran alzada; tordillo el primero, blanco el último, que lo identificaban a grandes distancias, ora galopando por el camino real, ora

a paso corto por los callejones, supervisando el trabajo o simplemente observando el desarrollo de las plantas.

A veces extendía sus observaciones a las labores de mi padre. Recuerdo una vez que levantamos una abundante cosecha. El trigo había crecido desmesuradamente y las espigas estaban tan cargadas de grano que se doblaban a su peso formando arcos que recordaban cuellos de cisne. ¡Nunca he vuelto a ver trigo tan grande, ni allí ni en ninguna otra parte!

Un día pasaba don Abraham hacia La Esmeralda por el camino real, y al enfrentar a la labor aquélla detuvo el caballo y se quedó mirando largo rato aquel prodigio, y enseguida, torciendo la rienda al caballo, cogió el callejón y se fue lentamente hasta la otra cabecera; allí giró a la izquierda y continuó paso a paso hasta el siguiente callejón, por donde tornó al camino real; pero no para seguir hacia La Esmeralda, sino para llegar a felicitar a mi padre “por su buena suerte”.

—¿Qué semilla sembraste, Pancho?— preguntó.

—La misma que usted me vendió— respondió papá.

—Pero, ¿cómo? Si es la misma que yo sembré en todas mis labores, ¿Por qué tu trigo creció tanto?

—No sé— se concretó a decir mi padre.

—Pues tienes muy buena suerte— dijo todavía don Abraham.

—Es que yo le ayudo a la suerte— concluyó papá.

—De todos modos, te felicito— dijo, y continuó a trote rumbo a La Esmeralda.

Entendería o no entendería el hombre, lo cierto es que mi padre le metía mucho trabajo a las siembras: ya desviando las corrientes de agua que bajaban de la sierra cuando llovía, hacia sus labores; ya levantando bordos y tapones para que el agua se distribuyera por igual en toda la labor. Así ayudaba él a la suerte.

Los peones se quejaban de que el amo no era nada bondadoso. Más de una vez se dijo que había cintareado a alguno. También se aseguraba que en la tienda de raya los apuntaban “con tenedor”; tal vez, pero nada de esto me consta. Lo que sí me consta es que a Jacinto Aparicio y a Francisco Bustos los mandó a filas. Tal era el castigo que los hacendados aplicaban a individuos que comían bien, vestían bien y no le trabajaban a nadie. Les bastaba denunciarlos a los alcaldes, y en seguida estaba sobre ellos la “acordada”, la que los entregaba al ejército tras de aprehenderlos y conducirlos con lujo de crueldad. En el ejército los encuadraban como soldados para que purgaran sus culpas, ignoro por cuánto tiempo, pues nunca ví regresar a nadie hasta que la Revolución los liberó.

Sin embargo esta situación mejoró notablemente cuando el hijo mayor de don Abraham, Reynaldo Nuncio Gaona, empezó a intervenir en el manejo de la hacienda. Franco y alegre, siempre tenía una frase apropiada para cada uno de los trabajadores. El no les llamaba peones, y para todo mundo: “¿Cómo te va, don Pancho?” (a mi padre); “¡Adiós joven” (a mí); “Adiós, don Isidro “ (a un vecino destacado, que lo mismo la hacía de albañil que de sastre

o peluquero. Era padre de cuatro o cinco muchachos ya grandes, que trabajaban con don Máximo cuando éste los necesitaba y cuando no con cualquiera que solicitaba sus servicios). Para éstos, y para el resto de la muchachada, la frase favorita de Reynaldo era: “Quihubo, pelao”.

¿Sería natural en él, o sería un presentimiento, o estaba influenciado ya por las ideas de don Justo Sierra, de Ponciano Arriaga o de don Ignacio L. Vallarta? Quizá, pues había terminado su enseñanza primaria en un colegio “de paga”, en Saltillo, la capital coahuilense.

Lo que sí es casi seguro es que conocía un librito que había empezado a circular desde 1908. Se llamaba *La sucesión presidencial en 1910*, y su autor era un hombre acaudalado, vinculado con las cuestiones del campo; pero desconocido en los medios políticos; se llamaba Francisco I. Madero; y hasta es probable que Reynaldo se haya identificado con el contenido del libro o que haya estado en contacto con Madero mismo, por lo que veremos después.

O, ¿quién sabe? A veces pienso, con espíritu supersticioso, que una fuerza extraña estaba empujando al mundo a la guerra.

Se hablaba de guerra entre Rusia y Japón. En Sonora se hallaban levantados en armas los indios yaquis, obligando al gobierno de don Porfirio a mantener un numeroso ejército en el cerro del Bacaete, que les impidiera desbordarse hacia el interior del país.

Aquí mismo, en Galeana, desde hacía tiempo un halo de muerte flotaba en el aire. Desde luego, San Isidro y La

Esmeralda no eran una excepción; hacía tiempo, desde antes que se empezara a hablar de revolución, ese halo maléfico había encendido los espíritus juveniles, aparentemente sin un motivo específico.

Sin qué ni para qué, tanto los muchachos de San Isidro como los de La Esmeralda, se empezaron a organizar en pandillas. Los jefes de éstas eran Carlos mi hermano y Román Martínez, respectivamente.

El entrenamiento se inició de inmediato y duró poco tiempo, pues era demasiado sencillo. Consistía en arrojarnos trozos de palma encendidos, y la práctica tenía por objeto capacitarnos para tres objetivos: 1) lanzar los proyectiles y acertar, 2) esquivar los proyectiles enemigos, 3) recobrar los proyectiles con presteza, ya fueran los propios o los del enemigo. Reglamento: 1) los encuentros debían ser por la noche, 2) prohibido arrojar piedras u otros objetos que dañaran físicamente.

El propósito era practicar siquiera una semana; pero a los dos o tres días vinieron a provocarnos y tuvimos que salir a su encuentro. El triunfo quedó indeciso, pues a ambos se nos acabó el parque.

A partir de esa noche siguió una larga serie de encuentros, cuyo desenlace no siempre nos fue favorable. Ellos, en cambio, dieron muestra de ingenio y osadía. Siempre recuerdo una de sus estratagemas: a las primeras de cambio los habíamos puesto en fuga: pero como habían venido a “pelear” en nuestro terreno, los perseguimos un largo trecho, logrando capturar a uno de los fugitivos. Lo atamos de pies

y manos, le dejamos dos centinelas de vista y continuamos la persecución, sólo que, como nos habíamos entretenido con el prisionero, nos habían aventajado bastante. De todos modos los seguimos persiguiendo. Ellos huían por un callejón que corría a la derecha del camino. Nosotros cogimos la diagonal, tratando de salirles adelante. Yo por lo menos, notando que muchas luces se iban apagando, pensaba que se les iba acabando el parque. Al final del callejón, sin embargo, seguían moviéndose una o dos luces que al entrar al monte se apagaron también. Buscamos entre el monte; vano empeño: ellos habían abandonado las luces y se habían vuelto a rescatar al prisionero, al amparo de la oscuridad—lo que consiguieron fácilmente—mientras nosotros los buscábamos en el monte; y de pílón se llevaron a los centinelas.

Aquéllos eran juegos inocentes, es verdad; pero también era un entrenamiento que inconscientemente estábamos realizando para la verdadera lucha que se avecinaba.

Por algo Román Martínez escaló pronto la más alta jerarquía de oficial: para 1915 ya era capitán de caballería de la gente de Reynaldo. Y lo mismo puede decirse de Canuto Molina; ambos de la pandilla de La Esmeralda.

Tal era la vida en estos ranchos afortunados al finalizar la primera década del presente siglo. Pero no todo lo que brilla es oro. Veamos otras haciendas del mismo municipio de Galeana: Potosí y Guadalupe, con sus ranchos aledaños.

Eran propiedad de los señores don Reynaldo y don Luis Ramos. Ambos tenían pésima fama, sobre todo

don Reynaldo, por el trato cruel e inhumano que daban a sus trabajadores. Era tal el grado de sevicia que tenía horrorizada a la gente, no sólo de sus haciendas, sino de toda la comarca y fuera de ella inclusive. Por eso se ha dicho que su fin trágico corresponde al trato criminal que él daba a sus vasallos.

He aquí unas breves pinceladas sobre aquella tragedia:

Don Reynaldo Ramos vivía con su familia en la hacienda de Potosí, donde gozaba de más comodidades. Un día se fue con la familia a Guadalupe, donde también tenía casa, dejando al mayordomo, Jesús Sánchez, al cuidado de la finca y de la hacienda. Pasó el día, vino la noche cargada de presagios. La familia no había regresado. ¿Tendrían algún accidente en el camino? También había la posibilidad de que se quedaran a dormir en Guadalupe; pero don Reynaldo no había anunciado tal posibilidad. En fin, habría que esperar.

Jesús esperó hasta la media noche, hora en que, aceptando la alternativa de que se hubieran quedado a pasar la noche en Guadalupe, se tendió, vestido, en un catre que había en uno de los cuartos, quedándose profundamente dormido. A la una o dos de la mañana hicieron su arribo, por fin, los ilustres viajeros. Se bajó el cochero y tocó dos o tres veces sin que el portón se abriera.

Don Reynaldo, que ya estaba furioso porque Jesús no estaba con el portón abierto, esperándolos, se bajó a su vez y agitó el aldabón con violencia y se dispuso a esperarlo con la espada desenvainada. Así, cuando

Jesús abrió el portón, don Reynaldo se arrojó sobre él, propinándole algunos cintarazos. Pero no le estaba pegando a un cojo y don Reynaldo lo sabía; Jesús era hombre de sus brazos; por eso era mayordomo. Además, andaba armado; pero respetaba a su patrón y sólo andaba parando los golpes con su capote.

Cuando don Reynaldo se dio cuenta de la agilidad de Jesús, cambió de táctica; dejó de tirar cintarazos y empezó a tirarle de punta. ¡Trágico error! Al notarlo su fortuito rival, se dio cuenta de que sólo había un recurso para salvarse, y lo puso en práctica: desenfundó su pistola y la hizo funcionar una sola vez, atravesando el corazón de su enfurecido patrón, uno de los hombres más ricos de la comarca y también uno de los más temidos.

¿Y el asesino...?, preguntarán quienes lean este opúsculo; y a quien quiera que le pregunten, les responderá como yo: ¡Se lo tragó la noche!

Los primeros maderistas todavía cantaban, con *La Valentina* y *La Adelita*, un corrido que empezaba:

Año de mil novecientos
año de tres al contado,
murió don Reynaldo Ramos,
Jesús Sánchez lo ha matado.
El día 28 de enero
es un día muy señalado
murió don Reynaldo Ramos;
Jesús Sánchez lo ha matado.

Y terminaba:

Adiós todos mis amigos,
Los que se acuerden de mí;
Ahí les dejo de recuerdos
La Hacienda de Potosí.

Por cuanto a don Luis, según cuentan las malas lenguas, no curtía mal las vaquetas; pero nada me consta. Lo que le cuelgan, más suena a chascarrillo que a anécdota verídica. Por ejemplo, cuentan que una vez iba don Luis, jinete en briosa acémila, por el camino que conduce de La Trinidad a La Paz, y que, en sentido contrario, azada al hombro, caminaba un peón que al ver al patrón se hizo a la orilla del camino y se dispuso a tributarle homenaje de un respetuoso saludo.

Don Luis, al parecer, pensaba ignorar tal homenaje y pasarle de largo, sólo que al emparejar al hombre, sin qué ni para qué, la bestia se echó a respingar (en términos campiranos se dice que “se aplastó a los reparos”) y no tuvo remedio: antes que el hacendado pudiera dominar a aquel enloquecido animal, fue lanzado por los aires, azotando pesadamente en el duro suelo.

El trabajador arrojó el azadón a un lado y corrió a controlar a la mula, para evitar que se alejara y, asustada como andaba, causara deterioros en la montura.

Don Luis, apenas se levantó, fue a donde estaba el hombre con la bestia sujeta, se acercó al animal y sacó

el machete de su funda, empezando a propinar al pobre hombre una tunda de machetazos por la espalda. En vano éste le preguntaba por qué le pegaba. Sólo cuando se cansó dejó de golpearlo, para preguntarle:

—¿Con que no sabes por qué te pegué, imbécil?

—No sé, señor.

—Por qué no me gritabas: ¡No te aflojes, “pelao” flaco! ¿eh?— concluyó don Luis.

¿Verdad que parece un chiste sin chiste?; pero también puede ser un ejemplo que ilustre las arbitrariedades que cometían los patronos con los infelices siervos, ataviados ya con el gorro frigio.

De esta plebe escarnecida se nutrió primordialmente la Revolución; pero fue evidente el recio apoyo que recibió de los sectores liberados: trabajadores libres, pequeños propietarios y hasta medianos y grandes terratenientes.

Como ejemplo puede citarse el caso de La Poza, donde casi todos eran pequeños propietarios, herederos de don Fernando, don Juan y don José Ma. Bazaldúa, así como de don Genaro Díaz y don Pedro Moreno.

No obstante, entre los primeros maderistas surgieron Magdaleno Bazaldúa, Antonio Díaz y Francisco Moreno, que yo recuerdo, porque supe cuándo perecieron en la lucha.

La educación

¿Y qué peleaban Inés Solís, Apolonio Salazar, Diego Luna y Catarino Molina, todos arrendatarios de tierras? Más aún, ¿Cuál era el móvil que impulsaba a los terratenientes

Reynaldo y José Nuncio, Juan Peña, Rodolfo y Andrés Saucedo? La respuesta es obvia: luchaban por solidaridad con sus hermanos de infortunio; pero también luchaban por un cambio que promoviera el desarrollo del país mediante la educación de la niñez, renglón que estaba no solamente descuidado sino casi olvidado. Únicamente funcionaban escuelas en algunas cabeceras municipales, donde se educan los hijos de los funcionarios y de los comerciantes, así como los de algunos hacendados.

A mí me daba la impresión de que aquel estado de cosas obedecía a una táctica deliberada, a un plan preconcebido. Recuerdo las palabras de don Abraham Nuncio cuando mi padre y yo pasábamos por La Esmeralda con destino a Galeana: “¿A dónde vas con ese muchacho tan ‘plantado?’”, le dijo, y respondió mi padre: “A Galeana. Se lo llevo a mi hermano para que lo ponga en la escuela.” “A ese muchacho ya lo perdiste; despídete de él porque no va a volver a coger el arado”, replicó don Abraham. “No le hace, señor. Ya veré cómo me las averiguo para reemplazarlo”, concluyó mi padre.

Tras de despedirnos de don Abraham reanudamos la marcha. Caminamos largo rato en silencio, ambos rumiando el diálogo sostenido por mi padre con don Abraham. Yo trataba de aquilatar la clase de padre que tenía; él buscaba explicación a actitud tan extraña de aquel señor. Finalmente debe haberla encontrado, porque, con una leve sonrisa y como hablando consigo mismo, exclamó: “¡Ah!, con que no les conviene que les abran los ojos.”

No terminé la primaria. Se cerró la escuela y tuve que salirme de quinto año. Los rebeldes entraban y salían con suma frecuencia. Unas veces eran maderistas, otras zapatistas, otras orozquistas y hasta vazquezgomistas y bandoleros.

Contra las predicciones de don Abraham, me volví al rancho y abrí una escuelita rural, primero en San Isidro y luego en Laredo Seco, permaneciendo sólo un año en cada lugar, viéndome obligado a cerrar por el recrudecimiento del bandolerismo; trasladándome a Saltillo, como veremos luego.

No obstante el poco tiempo que duró aquel mi primer ensayo como maestro, muchos de los chicos aprendieron las primeras letras, y a partir de allí le siguieron por su cuenta, y como yo... no volvieron a coger el arado; ahora manejan tractor y siembran no ya para el patrón, sino para ellos mismos y sus familias.

La cuestión agraria

En realidad el cambio a que aspiraban todos: peones, arrendatarios, pequeños y grandes propietarios y demás personas que se lanzaron a la gran aventura de la Revolución, involucra no sólo la cuestión educativa, sino otros varios aspectos, de entre los cuales destaca preponderantemente la cuestión agraria.

En efecto, era indispensable la reglamentación en la posesión de la tierra; ya de tiempo atrás se hablaba de un partido político que propugnaba por la creación de

un Ministerio de Agricultura que metiera orden en la tenencia de la tierra, pues el general Díaz había distribuido grandes extensiones de terrenos nacionales, donándolos, gratuitamente, entre los jefes militares que lo siguieron en sus aventuras bélicas contra don Benito Juárez y Lerdo de Tejada, o vendiéndolas a precios irrisorios a colonizadores nacionales y extranjeros, que por lo general poco se preocupaban de cultivarlas, dedicándolas a la cría de ganado y, en el mejor de los casos, rentándolas o vendiéndolas a personas que sí tenían ganas de trabajarlas.

Aún así, había grandes extensiones de tierras ociosas que al repartirse podían beneficiar a un gran número de campesinos.

La cuestión obrera

Tal era el panorama en los campos de Galeana al finalizar la primera década del presente siglo: grandes extensiones semidesérticas y un campesinado harapiento y hambriento de justicia, libertad y progreso, que había acabado por odiar al gobierno, especialmente al federal, pues aunque desconocía el alfabeto, desde hacía tiempo le llegaban noticias de viva voz, de los atropellos cometidos en el país por los esbirros de don Porfirio, o, a ciencia y paciencia de él, por las fuerzas de represión que utilizaban las compañías extranjeras de toda índole. Se citaban, con lujo de detalles, los casos de Cananea, Sonora, y Río Blanco, Veracruz, en donde los trabajadores empezaban

a dar muestras de madurez; arrostrando la represión y la muerte en aras de la justicia y la razón.

Uno de los motivos de la huelga de Cananea fue la notoria discriminación racial auspiciada por don Porfirio, pues autorizó a la empresa, en flagrante violación de nuestras leyes, a pagar a los mineros mexicanos 40 o 50 por ciento menos que a los norteamericanos, por la ejecución de trabajos iguales. En el caso de Río Blanco, se planteaban mejoras salariales y reducción en la jornada de trabajo, que oscilaba entre 60 y 80 horas por semana; y otras “minucias” en opinión del presidente Díaz, quien autorizó un Reglamento que en algunos aspectos más favorecía a la empresa que a los obreros. He aquí parte de su contenido, según los informadores gratuitos que llegaban al rancho:

1. Las horas de trabajo serán fijadas con anticipación en un aviso puesto a la entrada de cada departamento, y no podrá ser modificado por ningún motivo.
2. Los obreros están obligados a permanecer en el trabajo durante toda la jornada. En caso de abandonarlo antes, pierden el derecho a la paga del tiempo trabajado.
3. Los obreros indemnizarán a la empresa por los trabajos que resulten defectuosos y por los destrozos que ocasionen en los útiles de ésta.

De todo esto, que había pasado inadvertido hacía más de tres años, se hablaba ahora con calor, cual si se pretendiera reavivar el odio que produjeron los actos de barbarie cometidos por los patrones y la represión brutal del ejército pretoriano para someter a los obreros cuando éstos se lanzaron a la huelga.

Como más enterados de todas estas tropelías aparecían mi compadre Pablo Rodríguez, compadre también de Reynaldo Nuncio y don Maximiano de la Cruz, tío político de éste. ¿Para quién trabajaban estos informadores?

Durante algún tiempo yo creí que sus charlas tenían que ver con Reynaldo; que sabían sus compromisos y trataban de sembrar la inquietud que justificaría una sublevación contra aquel gobierno despótico para el que los ricos siempre tenían la razón.

La Revolución

Ahora no estoy seguro, pues de San Isidro y La Esmeralda sólo dos respondieron cuando llegó el momento decisivo. Petronilo Rivas y Canuto Molina. Lo cierto es que Reynaldo tenía contactos con todo el municipio de Galeana, lo que se desprende de sus frecuentes viajes a los llanos, donde visitaba Huachichil, Providencia, Navidad, San Rafael, La Trinidad, La Paz, etcétera.

Otras veces se le veía por el cañón de Pinal Alto, deteniéndose en El Castillo, San Pedro del Sotolar, La Biznaga, de donde pasaba a Ciénega del Toro. ¿Qué objeto tenían estos viajes? No lo sé, pero me lo imagino:

de esos lugares eran muchos de los primeros maderistas que se lanzaron a la lucha a las órdenes de él o de su primo, José Nuncio Cruz.

Esto explica también la rapidez con que respondieron los Nuncio a la proclama del señor Madero, pues éste convocaba al pueblo a la lucha para el día 20 de noviembre, y antes de esta fecha, ya nuestros héroes andaban levantados en armas.

Muchos de aquellos pioneros de este movimiento reivindicador que dura todavía, fueron actores prominentes en aquel drama sangriento que vivió México, en su búsqueda de justicia, libertad y progreso. Sin embargo, sus hazañas guerreras tuvieron poca resonancia o pasaron inadvertidas, cuando no ignoradas, en los anales patrios. Ello obedece a su modestia, a que no eran políticos o a que no los movía la ambición. Por eso hoy, a 74 años del inicio de nuestra Revolución, me estoy permitiendo dedicar algunas líneas, como un acto justiciero, a tributar a aquellos valientes el homenaje de mi recuerdo, mi reconocimiento y mi gratitud.

Yo estuve entonces con algunos de aquellos precursores de nuestro movimiento armado y promotores del cambio; dialogué con ellos. Mas, infortunadamente, no era uno de ellos. Habría de esperar ocho años, pues no podía aún con el rifle.

He aquí las circunstancias de mi encuentro con aquel naciente grupo de esforzados paladines, caballeros del ideal que renunciando a la tranquilidad hogareña se

lanzaban a una aventura promisorio, sí, pero no exenta de peligros, penalidades y sacrificios.

Mi padre, como dije antes, radicaba en el rancho de San Isidro, donde se dedicaba a la agricultura y actividades agropecuarias en pequeña escala. Para hacer más variada la dieta alimenticia, tenía una “quiebra” de magueyes en lo que la gente de entonces llamaba el Rincón Jondo, así con j. Como quedábamos tres hermanos varones en el rancho, nos turnábamos para ir a sacar “la aguamiel” y raspar los magueyes.

Un día, poco antes del 20 de noviembre, me tocó a mí y provisto de bota, acocote y raspador, me encaminé al Rincón Jondo a recoger el azucarado líquido. Llegado que hube a la quiebra, empecé a encontrar los magueyes destapados y bebidos.

Al principio, aunque con el natural disgusto, me concreté a raspar y tapar los magueyes; pero cuando me di cuenta de que el daño se generalizaba, empecé a echarles maldiciones a los autores.

Desde hacía rato venía oyendo unos ruidos extraños, semejantes al murmullo producido por el viento en los bosques, pero que no podía identificar, por lo que me detuve y agucé el oído para averiguar de qué se trataba. No fue necesario, pues en ese preciso instante no sólo soltaron la risa franca sino un coro de carcajadas. Eran los “revolucionarios” que fueron saliendo de uno en uno del escondite donde se encontraban.

—No sigas buscando; están bebidos todos y es todo lo que hemos comido desde ayer. Deja el raspador, nosotros terminamos. Vuélvete al rancho y dile a tu padre que nos traiga algo de comer.

El que así hablaba era el que sería después general Reynaldo Nuncio Gaona. Con él estaban su primo José Nuncio Cruz, Victoriano y Andrés Bocanegra, Manuel Charles, Andrés Saucedo, Catarino y Canuto Molina, Doroteo Contreras, Prisciliano Martínez, Diego Luna, Demetrio Torres, Julián Luna, Antonio Díaz, y otros varios; unos veinte o veinticinco en total.

Yo cumplí con el encargo de Reynaldo, como le llamábamos todos en la región, chicos y grandes, pues ya dije al principio, era muy popular: le di el recado a mi padre y no supe más, pues éste me impuso silencio respecto a aquel grupo que con tanto entusiasmo respondía al llamado del señor Madero.

En lo sucesivo fue mi padre quien se hizo cargo de la quiebra, y muchas veces lo vi partir llevando, además de acocote, bota y raspador, un morral repleto de no sé qué.

Breve fue la lucha, pues como es sabido, al principio el general Díaz no concedió importancia ni a éste ni a otros grupos que surgieron en el sur de nuestro estado o en sus colindancias con los estados vecinos de Coahuila, Tamaulipas y San Luis Potosí. Como tampoco tomó en serio las actividades de Madero, pendiente como estaba de la lucha entre las facciones internas de su gobierno, al principio, y posteriormente preocupado por los levan-

tamientos de don Abraham González, Pascual Orozco y Francisco Villa en el norte, así como por los recientes triunfos de éstos en Chihuahua; de manera que a los de la sierra de Galeana apenas si los tomaba en cuenta: casi no los molestaban. Eran ellos los que, para sobrevivir, atacaban pequeños villorrios que a veces se defendían y había lucha.

No fue sino hasta la toma de Ciudad Juárez y la caída de la dictadura porfiriana que pudieron avanzar a plazas de importancia: Saltillo, San Luis Potosí, Querétaro y la capital.

Inexplicablemente, un día, al triunfo de la causa maderista, les dieron las gracias y un boleto de regreso a sus lugares de origen.

Madero había reconocido al Ejército Federal como una institución al servicio del gobierno, e ingenuamente se había puesto bajo su custodia.

Volvieron, pues, los maderistas, de su exitoso viaje a la capital, y reiniciaron las faenas del campo.

Venían un tanto desconcertados, pero no amargados. Madero no los había defraudado. Tal vez así debía ser, pensaban, y se conforman por haber contribuido al triunfo de la causa maderista: derrocar al tirano y restablecer el imperio de la Constitución. Además, habían obtenido un cachito de justicia para sus hermanos del campo: la abolición de las tiendas de raya y la condonación de las deudas de los peones con la hacienda. Así lo había decretado el presidente Madero.

Segunda década.

La Revolución constitucionalista

La mejor prueba de la apreciación anterior nos la dan ellos mismos un año y meses después, cuando el traidor Victoriano Huerta perpetró el más horrendo de los crímenes al asesinar alevosa y arteramente a los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, presidente y vicepresidente de la República, respectivamente.

Una vez más, para cuando la horripilante noticia llegó a la región, nuestros héroes habían guardado los aperos de labranza y se aprestaban a reorganizarse, y en poco tiempo tornaban a ponerse al frente de sus antiguos contingentes, que se acrecentaban rápidamente con la adquisición de nuevos valores, de tal manera que poco más de un mes después (el Sábado de Gloria) tuvieron la osadía de atacar Saltillo, luchando con tal fiereza que parecían empeñados en vengar la sangre del apóstol.

Se contaba entonces de un grupo de jinetes que logró penetrar hasta un emplazamiento de artillería, que viendo que el personal de dicho emplazamiento se había puesto en fuga, desataron la reatas de lazar, lazaron uno de los cañones y ya se esforzaban por arrastrarlo cuando se dio orden de retirada, pues una fuerza numerosa estaba entrando a la plaza a reforzar la guarnición que la defendía.

Yo creo que aquella historia que parece cuento tiene algo de cierto, pues en Saltillo hay una estatua ecuestre del general Francisco Coss, que era el jefe de las fuerzas atacantes aquel Sábado de Gloria. Aparece el general Coss

en un brioso corcel encabritado, y entre los elementos del conjunto escultórico que circunda el monumento, un cañón lazado por una reata, cuyo extremo libre se amarra, creo, en la cabeza de la montura del general (a cabeza de silla pretendían arrastrarlo, según la anécdota).

Pocos días después, este mismo núcleo rebelde infligió tremenda derrota a una fuerza federal que había salido de Galeana a perseguirlos. El general Coss no sólo no esquivó el combate, sino que salió al encuentro de dicha fuerza.

Yo estaba entonces en San Isidro, de modo que ví perfectamente, con mis propios ojos, todas las maniobras del general Coss. Envió a su compadre, el coronel Juan Muñiz, con su gente por la falda de la sierra de La Esmeralda, y a los Nuncio por la de la Marta. Ambas columnas avanzaban por entre bosques de pinos y palmas, de manera que los federales no se dieron cuenta de su presencia hasta que los rebeldes se empezaron a cerrar por ambos extremos, obligándolos a hacerse fuertes en el casco de la hacienda La Esmeralda.

Al parecer, los federales estaban en ventaja, pues habían hecho de cada casa una trinchera. Las de la hacienda fueron convertidas en verdaderos torreones. Con barras y talachos les habían hecho agujeros por todos lados, y podían ver al enemigo sin ser vistos. Sin embargo, los rebeldes eran los sitiadores y podían imponer las reglas del juego. En primer lugar, tuvieron que encadenar la caballada entre el bosque y avanzar ellos por entre los vallados, los de Reynaldo, y cubriéndose con las cercas de

palmas que marcaban colindancias entre La Esmeralda y la hacienda de Ciénega del Toro.

Don Maximiano, el narrador de los horrores porfirianos, no fue a la guerra. Junto con mi padre y conmigo nos remontamos a la sierra de La Esmeralda, cerca del Rincón Jondo, y desde un robledal muy apropiado fuimos testigos oculares de todas las peripecias del combate. Vimos cómo Juan Muñiz, la “Fiera”, seguido de algunos de los más atrevidos, avanzaba protegido por la cerca de palmas, hasta colocarse como a unos cien metros de la Casa Grande. Desde ahí trataba de meter las balas por los agujeros por donde se asomaban los cañones de los rifles federales. No reparaba en que él también ofrecía mejor blanco al enemigo.

En efecto, llegó un momento en que, encorajinado, empezó a abandonar su parapeto; salía corriendo y, a pecho descubierto, descargaba su rifle y volvía a las palmas a recargarlo; pero... tanto va el cántaro al agua... En uno de tantos viajes una bala traidora trató de asesinarlo, pero sólo le atravesó el brazo izquierdo.

Mientras tanto, el general Coss, aunque bisoño en cuestiones de estrategia y táctica militares, viendo que la lucha se volvía estacionaria maquinó un plan ranchero que, por lo menos, puso fin al estancamiento: impuso a los principales jefes de los detalles del plan, que incluía el inicio de una retirada falsa. Gruesos contingentes marcharían rumbo a Saltillo, ya no ocultándose como a su llegada sino a la vista del enemigo; pero dispuso que un

oficial idóneo de la gente de Nuncio y otro de su propia gente, con soldados escogidos por ellos mismos, tendieran una emboscada entre los palmares que hay a uno y otro lado del camino, en su salida a Galeana, y en el momento oportuno les cortaron la retirada a punta de bala.

Los federales tragaron el anzuelo: apenas vieron que los rebeldes marchaban a paso lento por las labores, y... piernas, ¿pa' qué las quiero? Emprendieron precipitada fuga. No sabían, los inocentes, que apenas iniciada la huída, se iban a encontrar con una desagradable sorpresa. Antes de llegar al Tanque Roto los recibieron, con fuego graneado, los muchachos que jefaturaban, por un lado, Manuel Reyes el "Cácaro" y por el otro Prudencio Valdés.

Tampoco contaban con que lo de la retirada era un ardid revolucionario para que abandonaran su fortaleza, y que para cuando sonaron los primeros disparos ya el contingente rebelde galopaba tras de ellos.

Inicialmente los federales habían respondido al fuego rebelde; pero cuando se dieron cuenta del engaño, emprendieron la huida en desenfrenada carrera, perseguidos de cerca por los integrantes de la emboscada.

Durante la persecución hubo un detalle chusco y temerario, que no resisto la tentación de consignar en estas páginas.

Sucedió que los federales, en su fuga desenfrenada, ya no hacían uso de sus armas. A tales alturas, más que un instrumento de defensa era un estorbo. Muchos las habían puesto en sus fundas y no será remoto que algunos las

hayán tirado. En tales circunstancias, Prudencio Valdés, que mejor debió llamarse Imprudencio, hizo lo propio, pues no quería matar gente indefensa; pero no cesaba en la persecución, y como traía buen caballo, a cada minuto iba rebasando gente. Había visto a un fulano que, a juzgar por su indumentaria, parecía el jefe o por lo menos uno de los jefes, y se había propuesto lazarlo. Lo quería vivo, y lo hubiera conseguido, pero antes de lograrlo emparejó a un malhadado huertista que no había guardado su arma; la llevaba atravesada entre su estómago y la campana de la silla, así es que ni trabajo le costó hacer su barrabasada. Le bastó jalar el llamador para atravesar a “Imprudencio” por la cintura, sin levantar el arma siquiera.

De allí se volvió a La Esmeralda, donde le hicieron alguna limpieza y lo vendaron con una faja roja, muy larga, de las que usaban creo que los mineros o simplemente los campesinos sureños. Pero lo admirable es que antes de quince días, el famoso “Calabaza Güera” andaba al frente de sus llaneros.

¡Qué admirable fortaleza la de aquellos hombres que saben enfrentarse a la muerte con decisión y entereza! Son capaces de superarla, sobre todo cuando se sienten en deuda con la vida.

Mientras tanto, el resto de los perseguidores habían matado algunos caballos, haciendo prisioneros a los jinetes e hiriendo a un número no determinado de huertistas que lograron huir.

Cuando cesó la persecución y se organizó el regreso a San Antonio de las Alazanas, donde tenían su cuartel general, se presentó Juan Muñiz con un brazo vendado; reclamó a los prisioneros y en represalia por la sangre derramada por él y por Prudencio Valdés, ordenó que se les fusilara allí mismo y que luego se les colgara y se les dejara así, para escarmiento de todos aquellos que pretendieran hacer armas contra la Revolución.

Al pasar por San Isidro, el general Coss ordenó al juez auxiliar que enviara a algunos hombres para que los enterraran. Fuimos cinco o seis, entre ellos mi padre y yo. Eran cinco los muertos, de entre los cuales reconocimos tres: Faustino Almaguer, de Galeana; Roque Luna, de Santa Rita de Solís, y otro, también de Galeana, cuyo nombre se me escapa. Se habían dado de alta con los federales dos o tres días antes. ¡Pobres! ¿¡Cómo fueron a caer en las garras de Muñiz!? Era un hombre muy sanguinario y feroz. Si hubiera seguido vivo hubiera sido una réplica superada de Rodolfo Fierro.

Para justificar este juicio, al parecer exagerado, voy a ofrecer este botón de muestra:

Un día se hizo acompañar de cinco o seis compañeros. Todos a caballo fueron a la jefatura, no a pedir permiso, sino a preguntar al general Coss qué se le ofrecía para Arteaga. Coss, moviendo la cabeza, sólo dijo: “¡Ah que mi compadre!” Muñiz salió con sus muchachos rumbo a Arteaga.

En el Puerto de Flores cortaron hartas ramas de pino e hicieron, cada uno, una rastra que ataron con sus reatas, y

echaron a caminar, procurando alargar la distancia entre ellos, hasta producir una polvareda bastante larga, para simular la que produciría un ejército numeroso.

El vigía, que siempre estaba alerta en aquella dirección, vio la polvareda y de inmediato dio la voz de alarma. El teniente que comandaba la guarnición compuesta de cuarenta hombres, confirmó la apreciación del vigía y mandó tocar botasilla, y minutos después salió rumbo a Saltillo a todo galope.

Muñiz, que desde lejos observó la huída, abandonó las rastras y tranquilamente penetró a Arteaga y tras de saquear algunos comercios, asesinó al alcalde y a dos o tres vecinos prominentes que ya traía en cartera.

Tras de asesinarlos les cortó la cabeza, volviendo hasta el día siguiente muy temprano a San Antonio. Cuando estuvo frente al general Coss, le preguntó si le gustaba la barbacoa, y al contestarle afirmativamente, sacó de un morral una de las cabezas y se la arrojó a su compadre.

Es de imaginar la sensación de horror que aquella escena brutal produjo en el ánimo de Coss. Tan sólo de pensarlo se pone la carne de gallina.

Yo creo que desde aquel momento surgió en el alma del general el deseo de eliminar a aquel hombre arbitrario, incapaz de controlar sus instintos salvajes. Era tal su peligrosidad que hasta Coss mismo le temía.

Un día lo envió a una comisión peligrosa a Parras, Coahuila, haciéndolo acompañar por dos individuos de la misma contextura moral, pero más gobernables. Días

después retornaron los acompañantes solos con la versión de que los habían atacado en determinado lugar y Juan había muerto en la refriega.

Después del combate de La Esmeralda, el general Coss se volvió con su gente a San Antonio de las Alazanas.

Nuestros paisanos, los coroneles Reynaldo y José Nuncio, después de descansar dos o tres días en La Esmeralda y San Isidro, reiniciaron su avance hacia el sur, apoderándose de Galeana, Aramberri y Doctor Arroyo, llegando a dominar casi todo el sur de Nuevo León.

Estando en esta última ciudad, cooperaron con el general coahuilense Jesús Dávila Sánchez en la toma de la importante plaza de Matehuala, San Luis Potosí, donde incrementaron su potencial bélico y se provieron de víveres, vestuario y equipo.

Lo malo de estas salidas era que nos dejaban a merced de los huertistas de Saltillo, que está a no más de sesenta kilómetros, por lo que, apenas nos sabían desprotegidos, se venían a molestar gente.

Un día, cuando los vimos ya estaban a medio kilómetro. Al verlos, papá le gritó a Carlos: “¡Ándale, hijo; el caballo!” De un salto Carlos llegó a donde estaba el caballo, lo montó y echó a correr a toda velocidad por un callejón.

Los federales que lo vieron se echaron a perseguirlo, haciéndole algunos disparos. Por fortuna Carlos conocía muy bien el bosque y les llevaba mucha ventaja, por lo que pudo burlarlos fácilmente.

Pero el problema apenas empezaba. El general se fue directamente a la casa, entablando con mi padre el siguiente diálogo:

—¿Quién es el hombre que corrió en el caballo?

—Es un hijo mío, señor.

—¿Son ustedes carrancistas?

—No, señor. Somos gente de trabajo.

—Entonces, ¿por qué corrió?

—Es que lo vimos venir y creímos que eran revolucionarios. Y como ya es el único que nos dejan...

—¡Qué bien que te sabes la tabla! Pero no te va a valer. Te voy a ahorcar para que se te quite lo tramposo. ¡Camina!

Y ya lo echaba por delante; pero la gente del rancho, que había estado pendiente, temiendo un desenlace funesto, acudió en masa a hablar por él.

¡Es el más honrado y más limpio que conocemos!, decían unos. ¡Es incapaz de mezclarse en política!, decían otros. ¡Es el hombre más bueno, más servicial!, decían otros más. Y continuaban así, ponderando su bonhomía, hasta que el general se retiró, sin decir nada, dejando allí a mi padre, en medio de aquella gente que lo quería.

A principios de marzo de 1914, en una segunda incursión, los esbirros de Huerta quemaron todos los ranchos de la comarca; según se dijo, para que los rebeldes no tuvieran qué comer.

Esta vez, por buena suerte, sí fueron detectados oportunamente por los vecinos de San Isidro, pues las humaredas

los denunciaban desde muy lejos, así es que tuvieron tiempo de huir a los bosques y ponerse a salvo.

Desde su escondite, mi padre se percató de que la quema de “El Consuelo” iba un tanto retrasada, y aún mediaban “El Porvenir” y “Zacatecas”, calculando que tenía tiempo de volver a la casa a ver qué salvaba.

No calculó mal, pues al rato volvió con un asno cargando la máquina de coser y algunas otras cosas.

Don Isidro Ramírez, aquél vecino que la hacía de todo, viendo el buen éxito de mi padre, se llevó el borrico para ver si salvaba él también su máquina de coser, que, como sastre, tanto necesitaba. Desafortunadamente, cuando ya de regreso había caminado unos trescientos metros, llegaron los primeros huertistas, y habiéndolo visto, lo persiguieron hasta alcanzarlo y le dieron muerte con saña tal que parecía que mataban al más empedernido criminal.

Yo no estaba allí ese día fatal. Poco antes había salido a Monterrey al arreglo de asuntos de mi padre. A mi regreso sólo encontré congoja, desolación, muerte y miseria. El desastre parecía completo; pero ya las gentes se aprestaban a enfrentarlo: ya trataban de rehacer sus hogares y de hacer acopio de alimentos, ropa y cobijas. A mi padre le habían quemado alrededor de ochenta cargas de trigo, más de cien de maíz, unos cuarenta bultos de frijol, muchas latas de manteca de cerdo y todos los aperos de labranza. Además se tragaron tres o cuatro cerdos enormes y algunas reses, entre ellas el “Lucero”, un toro que

yo adoraba por bonito y por valiente. En muchas leguas a la redonda no había uno que lo venciera.

Poco tiempo después de aquellos actos de barbarie, los huertistas empezaron a ceder terreno ante el empuje de las fuerzas constitucionalistas. Todos los días llegaban noticias de los triunfos de éstas: Que Pancho Villa tomó Gómez Palacio, Durango, que ya tomó Torreón; que Huerta mandó al general J. Refugio Velasco con un poderoso ejército, en el que venían varios generales de prestigio. Se citaba al general Joaquín Mass, Juan Andrew Almazán (que había abandonado a Zapata, quien lo había hecho general, y reconocido a Huerta), Benjamín Argumedo y otros no menos renombrados. Venían a exterminar a aquel guerrillero audaz... Y luego, que el general J. Refugio Velasco, con su poderoso ejército, fue totalmente aniquilado por Villa en San Pedro de las Colonias.

Cuando los federales empezaron a abandonar Monterrey y Saltillo, levantamos las manos al cielo. Ya no volverían a molestarnos estos felones, asesinos, incendiarios y ladrones. Y no nos equivocamos. Aquéllos no volvieron.

El pillaje

Pero tampoco volvieron a darnos protección el general Francisco Coss ni los Nuncio, ni Andrés Saucedo, ni Manuel Charles. Estos dos últimos, desde que fueron a firmar el Plan de Guadalupe, se quedaron con el Primer Jefe.

Todos se habían concentrado en Saltillo para reorganizarse e iniciar su avance hacia el sur. Los Nuncio quedaron

encuadrados en la 21^a Brigada, a las órdenes del general Abraham Cepeda, hombre culto y educado, caballeroso y bueno, que gozaba de la estimación y confianza del primer jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza.

Mientras tanto, innumerables partidas de bandoleros empezaron a pulular por la región, con exigencias peores que las de los huertistas.

Yo continuaba con mi escuelita, enseñando y aprendiendo, pues aquella experiencia fue para mí un entrenamiento de gran valor cuando abracé definitivamente el magisterio.

Pero aquello era un infierno; no había semana que no llegaran al rancho los revolucionarios, diciéndose zapatistas, carrancistas, villistas, cedillistas, y quién sabe cuántos “istas”. Lo cierto es que eran bandoleros y ladrones.

Sus exigencias no se reducían a caballos, armas e implementos afines, y comida, sino que exigían dinero, cobijas, ropa y todo aquello que tuviera algún valor o les fuera de alguna utilidad.

Un domingo entró a San Isidro el general Ismael Fernández. Lo acompañaba otro cabecilla que se llamaba Reynaldo Ortiz. El primero era de San Lucas, casi en los suburbios de Galeana, por lo que era muy conocido maestro. Reynaldo Ortiz era de Santa Rosa, al otro lado de la sierra de San Lucas. Entre los dos deben haber traído unos treinta forajidos, que no soldados.

Los dos jefes llegaron a nuestra casa por papá, y se lo llevaron para que en su carácter de juez auxiliar tomara

nota de lo que se iban a llevar, pues iban a saquear las casas de don Máximo y don Abraham Nuncio, padres de José y Reynaldo Nuncio, respectivamente, y la de Maximiano de la Cruz, tío político de ambos.

El resto de la tropa se dispersó por las demás casas del rancho. A la nuestra llegaron dos individuos de la gente de Ortiz. Me preguntaron qué armas tenía, y les contesté que sólo una escopeta, que si les servía ahí estaba, y se las mostré.

Pidieron que les abriera una petaca de la que sacaron lo mejor de la ropa que contenía.

Cuando escarbaban en el fondo de la petaca, quizá buscando alhajas, se encontraron un cartucho de máuser, y ahí se armó la bronca.

—¿Qué pasó? ¿No que no tienes más armas?

—Y así es —contesté.

—Y ese cartucho ¿qué?

—Ese cartucho —repliqué— me lo encontré en el camino real hace mucho tiempo. Ya ni me acordaba...

—¡Qué casualidad! Lo vas a entregar o te mueres —dijo.

—No lo entrego porque no lo tengo; así es que... mátenme —contesté.

En este punto, Pedro, mi hermano, un chamaco de unos once años que lo había escuchado todo, corrió a donde estaba mi padre y le dijo a gritos: “¡Ándele, papá; unos soldados van a matar a Juan!”.

Al mismo tiempo sonó un disparo en la casa de nosotros. Mi padre corrió, seguido de los jefes, a ver qué había pasado. Cuando llegaron a la casa se encontraron con un cuadro muy diferente del que habían imaginado:

Yo, a quien esperaban encontrar tendido en un charco de sangre, estaba sonriente ante un par de papanatas pidiéndome disculpas.

—¿No le pasó nada? ¿No se asustó? —preguntaba el de la carabina humeante aún.

—No, hombre; y no porque sea muy valiente, sino porque cuando descargaste el 30-30 vi que retiraste cinco cartuchos, que es la carga normal. Por eso ambos creímos que habías retirado la carga completa; pero yo ignoraba y tú habías olvidado que traías un sexto cartucho en la recámara. Así las cosas, yo creí lo que tú pensabas: intimidarme solamente.

—¿Qué pasó? —preguntó Reynaldo Ortiz, que era el jefe de aquellos energúmenos que estuvieron a punto de truncar una vida que apenas se iniciaba en la lucha cotidiana.

—Sucede —contesté— que estos hombres llegaron aquí buscando armas. Yo tenía una escopeta y se la entregué. De algo les ha de servir. Pero ellos siguieron buscando. Ya se llevaron toda mi ropa, pero persisten. En el fondo de una petaca se encontraron un cartucho de máuser que me hallé hace tiempo; pero según ellos, si tengo el cartucho debo tener el arma, y debo entregarla o me matan. Como no la tengo, les dije que le apretaran. Lo

demás ya lo saben: el que me amenazaba con el arma propuso que me sonaran y puso manos a la obra: me apuntó a la cara y oprimió el llamador; pero con tan mala puntería que la bala pasó zumbando a más de medio centímetro de la mejilla derecha.

Mi padre continuaba con la cara desencajada y pálido como la cera. Cuando se retiraban, Ismael, que había escuchado mi relato, se despidió de mano de mi padre, diciéndole: “Quédese con Dios, don Pancho, y dígame a don Abraham que dispense las carreteadas, por lo bronco de los bueyes.” Yo me quedé de a seis, buscándole significado a aquella frase que entonces me pareció célebre. Tanto es así, que me la aprendí de memoria.

Apenas se fueron aquellos forajidos, nos llamó mi padre. Ya reunidos, sentenció:

—Nos vamos. Ya es mucho aguantar.

—¿Y a dónde nos vamos? —preguntó mi madre.

Y nos fuimos a Saltillo, donde logramos colocarnos todos. Mi padre, muy recomendado por don Gabriel Siller, se acomodó como el hombre de las confianzas de doña Ramoncita Cárdenas, viuda de Cabello; a Carlos le compramos un automóvil que trabajó él mismo como carro de sitio; yo traté de meterme a comerciante abarrotero; pero pronto fracasé, pues daba mil gramos por un kilo, y tuve que entrar de dependiente a sueldo, primero en la panadería de El Fénix y luego como almacenista en el molino de La Colmena.

Hasta allí me llegó la noticia de que los generales Ismael Hernández y Juan Andrew Almazán habían asesinado a mi abuelo paterno, Juan Charles Peña, en las cercanías de Galeana. ¿Motivo? Tener un hijo que fungía como diputado local constituyente. (Almazán ya no era huertista. No sé qué sería; creo que villista).

Parece increíble que gentes responsables, como parecían ser los generales mencionados, hayan sido capaces de ceder a sus ruines impulsos contra un anciano de más de ochenta años.

Ya instalado en un punto apropiado para observar, llegó un teniente de apellido Maldonado, con diez hombres más, dizque a reforzarme. Allí estuvimos largo rato, hasta que apareció la columna enemiga. Cuando alcanzamos a verla completa, estuvimos de acuerdo en que eran alrededor de cinco mil hombres y que llevaban el camino de Trinidad o el de Gavilanes, y cuando propuse que nos fuéramos a rendir el informe de nuestras observaciones, el teniente se rió y me dijo que si tenía miedo, que me fuera yo, que él se quedaba otro rato.

Con el debido respeto (él traía una barra más que yo), le dije que sí me iba, pero no por miedo, sino porque ya había cumplido la misión que se me había encomendado. Que él no andaba conmigo; que podía quedarse.

Y me fui a paso regular hasta coronar la cima de un pequeño cerro, desde donde vimos que un grupo de villistas estaban vadeando el río para cortarle la retirada a Maldonado; lo que lograron, pues no volvimos a saber

de ellos hasta que se nos incorporaron en Durango dos soldados que habían caído prisioneros y lograron fugarse. Ellos informaron que el teniente y cuatro o cinco soldados habían muerto peleando, y el resto se habían rendido.

Casi al mismo tiempo que nosotros llegaba un tren militar, con un contingente fuerte de ocho mil hombres al mando del general Pedro Fabela, quien de inmediato se reunió con el general Matías Ramos Santos y los coroneles Maltos, Nuncio y otros jefes, y organizaron la defensa de la plaza.

Cuando se inició el ataque, yo esperaba poca participación en la lucha, pues teníamos gente de sobra para cubrir todos los puntos de acceso a la plaza; así es que, tanto el coronel como yo nos encontrábamos inactivos al amparo de un barranco que nos protegía de las balas enemigas.

Estábamos muy seguros platicando de cosas ajenas a la guerra, cuando pasaron a todo galope el sargento Francisco Meléndez y un oficial, ambos del 72º Regimiento de Caballería, que a veces me invitaban, o los invitaba yo, a tomar la copa, cuando yo venía de Canatlán, Durango, a algún asunto.

Reconocerme y lanzarme un insulto fue todo uno.

—¡Ora, oficialito de banqueta!, ¿qué pasó? ¡Éntrele! Iban a reforzar una posición en apuros.

—Ahorita vengo —le dije al coronel. Le torcí la rienda al caballo y le hice piernas, y en un dos por tres me puse al lado de aquellos lengualarga.

Cuando los emparejé les devolví el insulto, diciéndoles:

—¡A ver si como roncas duermes!—. Ellos me contestaron con un “¡eso!” que remataron con un par de carcajadas.

Llegamos al punto en disputa, justo cuando los rivales ya no se daban tiempo a cargar las carabinas y andaban peleando a pedradas. Así fue que, al reparar los villistas en que nosotros sí les tirábamos con balas, dieron media vuelta y emprendieron la retirada. Ya sus compañeros lo habían hecho desde antes.

Momentos después, todas las corporaciones tocaron reunión, y tras de algunas horas de discusiones se inició la persecución.

Veintidós días anduvimos tras del Centauro del Norte. Veintidós días de penalidades y fatigas: a veces llovía, otras lloviznaba; pero siempre hacía frío; sólo el trago nos hacía entrar en calor. En un punto llamado la Zarca nos vendieron un mezcal muy malo, pero así nos lo tomamos. En Santiago Papasquiario, en Indé, en Mapimí, en Guanaceví y en otros pueblos grandes, conseguimos muy buen tequila.

Lo que no me explico es qué andábamos haciendo. ¿Realmente andábamos persiguiendo a Villa? Yo tengo la impresión de que el general Fabela lo andaba persiguiendo con ganas de no alcanzarlo.

El motivo de mi suspicacia tenía su origen en algunas observaciones indiscretas: 1) Desde nuestra salida de Durango me fijé que hacíamos mucha “perra”. Si hubiéramos salido rápidamente, es probable que hubiésemos

completado la derrota de Villa, 2) un día llegamos a un rancho donde había muchas lumbres prendidas aún. El general preguntó qué tanto tiempo hacía que se había ido; el labriego le dijo que menos de media hora.

—¡Ah!, entonces le vamos pisando los talones —dijo Fabela. —Hay que dar piense a la caballada y nosotros también vamos a ver qué ramoneamos, porque muy pronto le vamos a entrar a los cocolazos.

Algunos caballos alcanzaron maíz, otros sólo rastrojo. Yo me comí una torta de pan con salmón que traía el coronel, y un jarro de yerbanís que me invitó el ranchero.

—Tírense un rato. Si pueden, duerman. Ya les hablaremos —dijo otra vez el general.

Como de cuatro horas fue el descanso. Para cuando reanudamos la marcha, ¿dónde iría Villa? La caballería se desplaza con una velocidad de siete kilómetros por hora a paso de camino. Si nos sintió tiene que haber aumentado la velocidad. De seguro ya nos llevaban unos cincuenta kilómetros de ventaja.

Pero cuando se confirmaron mis sospechas, fue un día, como a los diez o doce de iniciada la persecución.

Me tocó ese día ir al frente de la vanguardia de exploración. Caminábamos por un terreno boscoso; casi no había camino; nos íbamos guiando por el trillo que iban dejando los villistas.

De pronto arribamos a campo abierto. Era una labor como de un kilómetro de ancho. Me detuve a examinar las huellas que allí se apreciaban demasiado frescas. Es-

taba inclinado enseñándole a Mariano aquellas huellas cuando sonó un disparo en la otra orilla del bosque. Ordené retroceder hasta cubrirnos con los árboles y envié a un muchacho que avisara al general que, al parecer, habíamos hecho contacto con el enemigo.

En ese preciso momento salió de entre el monte un jinete montando un caballo moro o tordillo que avanzaba cuarteándose alternativamente a derecha e izquierda, hasta que el jinete terminaba de disparar su rifle. Después volvía siguiendo una línea ondulada, mientras el jinete disparaba su pistola: una 45 muy chula, tendiendo sobre el crinero del caballo.

Yo no me acuerdo haber dado la orden de hacer fuego, pero todos mis muchachos y yo con ellos, estábamos tirando... y todos le tirábamos al del caballo moro.

Tres o cuatro veces hizo el jueguito y al fin, alguien despachó al caballo sin jinete.

Sus compañeros, que a ratos también invadían el barbecho, al verlo caer emprendieron la retirada a galope.

De algunas casas que había más allá de las labores, acudieron algunas gentes.

—¿Lo conoce?— le pregunté.

—Sí —respondieron. —Es el general Martín López, el jefe de los Dorados.

—¿Cómo se llama este rancho? —volví a preguntar.

—“El Mezquite” —respondieron.

Yo seguí mirando al muerto sin tocarlo. Era un mozalbeta que no pasaba de los veinte años. Era “güero” también.

¡La que se armó cuando llegó el general...!

Encarándose conmigo, me preguntó:

—¿Quién es el muerto?

—Dicen que es el general Martín López, mi general —respondí.

—¿Quién lo mató? —volvió a preguntar.

—No sé, mi general. Todos le tirábamos.

Después volvió a preguntar:

—¿Quién dio la orden de hacer fuego?

—Yo, mi general.

Y en tono más duro casi me gritó:

—¿Con qué autorización dio usted esa orden?

—Mi general— repliqué cuadrándome. —No me quedaba otra alternativa. Si he dado media vuelta frente al enemigo...

No me dejó terminar. Sin contestar mi saludo, dijo:

—Hacen cosas que no deben. ¡Preséntese arrestado en la guardia de su regimiento!

Este hecho no lo consigna ninguna historia de las que he leído. Me parece una injusticia. Martín López fue un gran general y es justo que, por lo menos, se sepa dónde quedó.

Durante mi arresto, que no se me anotó, tuve oportunidad de plantearle mis dudas al coronel Nuncio.

—¿Qué pasa, por qué le damos tantas facilidades a Villa para que se pele?

—Baja la voz —me dijo, y bajándola él también me explicó:

—Es que si lo alcanzamos, se muere, o se dispersa su gente y se acaba la campaña.

—¿Y qué? ¿No se trata de eso? —insistí.

—Es que al general le dan 50 mil pesos diarios para gastos de campaña, y si lo alcanzamos, lo derrotamos o nos derrota, matamos a la gallina de los huevos de oro.

Entonces el coronel envió al teniente Ambrosio Esparza con sesenta hombres a ver si él caminaba con mejor suerte. Vana esperanza. Más o menos en igual tiempo que el capitán, volvió con la misma noticia: no había encontrado ni huellas.

Así las cosas, un día, después del almuerzo, salí con mi rifle de salón, acompañado de Mariano Rodríguez, paisano mío y compañero de pandilla allá en San Isidro. Íbamos a buscar conejos. No habíamos caminado un kilómetro cuando encontramos un individuo que arreaaba dos burros cargados de leña. Al emparejar con él, le espeté, a guisa de saludo:

—¿A cómo la carga de leña?

—Vale 61.50— contestó.

—¿Y de dónde viene el hombre?— volví a preguntar.

—Del rancho (no recuerdo el nombre)— contestó.

Yo seguí en son de broma:

—¡Ah!, ¿de los andurriales de Benito Cepeda?

—Sí— se apresuró a contestar. —Ya no nos dejan cobijas... hasta las “naguas” de las mujeres se llevan.

—¿Sí? —continué— pero cuando lo van a buscar lo niegan.

—A mí no me han preguntado. Yo ya les hubiera dicho dónde duerme.

—¿De veras?— le dije con interés.

—De veras— contestó con firmeza.

—Vamos para comprarte la leña, y a ver cómo le vamos a hacer.

Y nos volvimos con él al cuartel Mariano y yo. Le pagué la leña y le dije a Julia que le diera de almorzar. Yo lo acompañé con una taza de café.

Cuando terminó me lo llevé a la bodega de forrajes, donde planeamos detalladamente los pormenores del golpe. Después de esto me retiré, dejándole un centinela de vista, con la consigna de no permitir a nadie el acceso a la bodega.

—Duérmete un rato. Descansa— le dije al retirarme.

Me fui luego a hablar con el coronel, poniéndolo al tanto de aquel hallazgo.

—¡Qué bueno! —dijo— Para que les pongas la muestra a estos veteranos amargosos.

Me instruyó luego sobre la conveniencia de que toda la operación fuera en secreto.

—Sí —le dije—. Todo eso ya está previsto. Al hombre también le interesa que así sea.

Por la tarde, entre Mariano y yo escogimos veinticuatro soldados. Les pedimos discreción y los citamos en el cuartel a las diez de la noche. Cuando se presentaron les dijimos que ensillaran sin hacer mucho ruido, requirieran sus

armas y las revisaran cuidadosamente. Así lo hicieron, y a las once en punto salimos sin hacer ruido, con los caballos estirando hasta las orillas de la población.

Allí montamos y les dije a los muchachos de qué se trataba. Caminamos durante unas dos horas, y al llegar a un puentecito me dijo el leñero:

—Aquí está bueno que se detenga; el rancho está ahí abajito, como a medio kilómetro.

Encadenamos los caballos. Dejé diez hombres cuidándolos y yo me fui con los otros catorce y el leñero.

A unos quince o veinte pasos de la casa, éste me dijo:

—Esa es la casa. Yo los espero donde están los caballos.

A señas, les dije a los muchachos que había que rodearla, y así lo hicimos, avanzando yo, con parte del grupo, por el lado izquierdo, y Mariano, con el resto, por el derecho. Cuando nos encontramos Mariano y yo frente a la puerta, por el lado opuesto toqué con fuerza y me hice a un lado. Benito contestó con dureza:

—¿Quién es?

Sin contestar a su pregunta, le dije:

—Abre la puerta, viejo.

Por un rato largo no se volvió a oír la voz de éste, por lo que volví a hablarle:

—¿Qué pasó?

Entonces contestó con voz bronca:

—¡Espérense, al cabo ya se les hizo!

De rato abrió: al hacerlo, le apoyé el cañón del rifle en el costado diciéndole:

—Levanta las manos.

Las levantó diciendo que no traía nada.

—Revisalo —le dije a Mariano, sin dejar de amagarlo con el rifle. Cuando Mariano confirmó que no andaba armado, le dije:

—Átale las manos por la espalda.

Mariano encontró un mecate allí mismo, y le ató las manos.

Una vez hecho esto, me metí a la casa a ver qué objetos de su propiedad encontraba: una montura, una carabina 30-30, ochavada, cañón largo; una pistola Colt 44, un par de espuelas de Amozoc, dos carrilleras de parque 30-30, una más con parque para la pistola, y cuatro costales de los de 50 kilos, llenos de gorditas de harina (éstos no los recogimos).

Cuando salí de la pieza le pregunté al prisionero por los compañeros que habían llegado con él en la tarde, y me contestó con una grosería.

—No te coloques en ese plan... ¿A qué le tiras? —le dije.

—Yo vine solo —contestó.

Como se aferrara a esa versión, quise darle un susto. Le dije a Mariano que uno solo no nos servía; que lo ahorcara. Mariano desató una reata que estaba en la montura del mismo Benito, lo lazó del cuello, lo llevó a un pino que había ahí cerca, y no aguantó más que el primer tirón.

—Lléveme con el capitán; le voy a decir.

Lo llevaron y nos guió hasta una casa orillera; nos dijo que ahí era.

—Pues háblale tú.

Y le gritó: “¡Compadre, ven!”

Para cuando salió el compadre ya estábamos a los lados de la puerta, cuatro o cinco esperándolo, y a continuación, la rutina: amagarlo con las armas, registrarlo que no anduviera armado, atarle las manos, etcétera, y luego, a la casa del tercero, repitiendo el proceso de revisión y demás.

Volvimos a la Concha del Oro casi a las seis de la mañana; entregamos a los prisioneros a la guardia, que hicimos que se reforzara, y tras echarnos unos “cafeses”, como decía don Julián, nos tiramos sobre sendas camas.

No nos alcanzamos a dormir; al poco rato nos mandó llamar el coronel para que recibiéramos los honores de todo el regimiento: los cuatro escuadrones presentaron armas; el coronel dirigió unas palabras de felicitación a aquellos soldados bisoños que le habían ido a poner la muestra a los veteranos. Para terminar, ordenó que se tocara un tres de diana.

Los prisioneros fueron enviados a Saltillo, donde estaba la comandancia de la zona militar a la que pertenecía Concepción del Oro.

Hacia poco se había incorporado al regimiento el teniente coronel Ageo Meneses, a quien el coronel Nuncio invistió como jefe de la guarnición, quedando él como jefe nato del regimiento.

Con ese carácter, el teniente coronel rindió el parte de la captura de Cepeda y los dos acompañantes, y un periódico de Saltillo dio la siguiente noticia: “El día tantos de tal

mes, fuerzas federales que comanda el teniente coronel Ageo Meneses, capturaron al cabecilla Benito Cepeda, que merodeaba por las inmediaciones de Concepción del Oro, Zacatecas. Con Cepeda fueron aprehendidos también dos hombres que lo acompañaban.”

(Los nombres de los actores en esta operación se quedaron en el tintero; lo mismo que el del coronel Nuncio, pero ni él ni nosotros hicimos mención de esta omisión).

Yo me guardé aquella observación. Lo empezaba a conocer.

Poco tiempo después hice otra observación, que archivé en mi fuero interno.

El general Álvaro Obregón había iniciado su campaña política para presidente de la República y recorría todo el país.

El día que llegó a Concepción del Oro, el coronel Nuncio no estaba allí; había salido no sé adónde, dos o tres días antes.

La mayor parte de la tropa estaba destacamentada en distintos lugares; pero no por iniciativa del teniente coronel sino a su pesar: El capitán primero Doroteo Contreras estaba en Cedros; el capitán primero Alfonso de la Fuente, en Camacho; el capitán primero Francisco Uribe, en Aranzazú, etcétera.

En Concepción del Oro nos encontrábamos: mi compadre, el teniente Pablo Rodríguez, hermano mayor de Mariano; tres capitanes primeros de reciente ingreso a la corporación: Pompeyo García, Carlos Verver, y un tercero

de apellido Guzmán; otros oficiales y yo, con unos cien hombres, amén de los jefes.

Un día antes de la llegada del general Obregón, estaba yo solo en la oficina del detall cuando llegó el teniente coronel, se paró en la puerta, saludó y me dijo:

—Venga para acá.

Me llevó a las afueras del cuartel, y situándose en una parte alta, me dijo:

—Ayúdeme. Desde ayer estoy oyendo una muy molesta corneta. ¿O será mi imaginación? Fíjese... —y estuvimos más de diez minutos aguzando el oído.

De repente decía: “oiga”

—No oigo absolutamente nada —le decía yo.

Estuvimos un rato más y nos volvimos a la oficina. Algo quería decirme, pero no se atrevió; me sabía amigo del jefe.

Al día siguiente llegó el general Obregón. El teniente coronel fue a la oficina y me invitó:

—¿Vamos a saludar al candidato?

—Vamos —le dije. Y enfilamos para la estación, donde se había detenido la caravana de carros que lo acompañaban.

Casi estaba solo el general en uno de los de adelante. Alguien controlaba a la gente que quería saludarlo. A nosotros nos dieron paso franco. Lo saludamos de mano. Se hicieron preguntas al teniente coronel Meneses y al general Obregón, y luego como que entraron a cosas privadas y el teniente coronel medio volvió la cara hacia

mí. Yo percibí la señal y me retiré unos cinco pasos, y allí permanecí, en actitud discreta, hasta que terminó el diálogo, que se prolongó cerca de quince minutos.

De regreso casi no hablamos. De pronto él rompió el silencio para decir:

—Anda muy optimista el general.

—Tiene que ser —respondí—. Es el más viable.

Volteó a verme de arriba para abajo (era mucho más alto que yo), sin decir nada. Siguió con la vista fija en mí, como estudiándome. Yo, la mera verdad, me puse nervioso. Quise preguntarle: “¿Metí la pata?” Pero se me heló la voz y la pregunta se quedó en mi conciencia para contestarla después yo mismo... o los hechos.

Pasaron quince o veinte días. Ya estaba allí el coronel Nuncio cuando vinieron a avisar que los generales Ismael Hernández y Juan Andrew Almazán habían saqueado e incendiado la hacienda de Mahoma y avanzaban sobre San Eustaquio o San Tiburcio.

El coronel le preguntó al enviado que cuántos eran. El enviado le dijo que como unos cuarenta. Entonces me miró y me dijo:

—Ya te tocaría.

—Ya estaría de Dios —le respondí.

—Te estás pelando; pero ten cuidado —dijo— porque éstos sí entran.

—Sí —repliqué. —Sobre todo con los ancianos indefensos.

—De todos modos; llévate unos ochenta hombres —volvió a decir.

—Con la mitad tengo, pero escogidos.

—Llévate cincuenta. Por ahí vi a Teófilo García; llévatelo. Que te ayude a escoger la gente y compartan el mando.

—Seguro —rematé, y me salí a buscar al teniente Teófilo García, sinaloense puro, de la tierra de Heraclio Bernal el “Rayo de Sinaloa”. Pronto lo encontré, y entre los dos en un momento completamos los cincuenta que había dicho el coronel y en menos de media hora estábamos en marcha.

Cuando llegamos a San Eustaquio ya se habían ido, al parecer, con el rumbo de San Eligio, y continuamos con aquel rumbo recogiendo información: que “acaban de pasar, pero ya no se detuvieron”; “hace rato pasaron por aquí, pero yo creo que ya los sintieron, porque van a galope”. Para no hacer más cansado este relato, sólo añadiré que anduvimos cuatro días tras de ellos, alrededor del macizo montañoso que comprende a Concepción del Oro. La noche del tercer día descansamos en un lugar cuyo nombre no recuerdo. Creo que San Rafael. Dimos pienso, comimos algo y dormimos un rato.

Ellos tal vez pensaron que había cesado la persecución y se detuvieron en una estación del ferrocarril Coahuila y Zacatecas, Jazminal o Buñuelos, también a descansar. Cuando nos informaron que ahí estaban almorzando, nos dividimos en dos grupos: yo avancé por el sur y Teófilo por

el norte, para cogerlos a dos fuegos. Desafortunadamente nos alcanzaron a ver cuando ya los teníamos a menos de un kilómetro, y se echaron a huir.

Entre los que huían por mi lado iba uno que parecía Ismael Hernández, y lo empecé a perseguir con ganas; pero viendo que traía mejor caballo que yo, puesto que iba alejándose por momentos, cuando se internaba en el bosque, tras de hacerle algunos disparos, me volví con los muchachos que me seguían. Al llegar vi que Teófilo no había continuado la persecución, pues había hecho prisionero al coronel Emilio Saucedo y dos soldados; y había perdido tiempo. Además, ¿a quién perseguía, si cada quien corrió por distinto rumbo?

De regreso a Concepción del Oro, con la anuencia de Teófilo le quité al coronel las ataduras de las manos y lo invité a que se fuera con nosotros, al frente de la columna.

Era un hombre culto y tenía muy buena conversación. Por él supimos que Almazán sólo traía catorce hombres, que él era un emisario del general Villa, que había venido a la sierra de Galeana a ver si Hernández y Almazán querían unir sus fuerzas con las de Villa, y que le decían que sí, pero desde acá. Nada de ir a Durango o Chihuahua; que él mismo no encontraba interés en la bandera villista; que le faltaba claridad. Al parecer, todo se reducía a combatir a Carranza.

Un día, le platicué al coronel Nuncio mis apuros ante el coronel Meneses, así como su actitud ambigua ante un comentario estúpido mío. Le comenté en qué circunstancias

había dicho él que el general se mostraba muy optimista; lo que yo había justificado sin que me lo pidiera, diciendo “que tenía que ser”, pues que “el general Obregón era el más viable”. ¿Qué sabía yo de política? Y ¿por qué se había puesto nervioso el teniente coronel?

—¡Ah! —exclamó el coronel Nuncio— es que ha de tener tu misma opinión; pero los soldados debemos estar del lado del gobierno. El estuvo a punto de cometer una indiscreción; pero reparó en que tú eras de mis adictos y que yo tengo que ser carrancista, como todo nuevoleonés o coahuilense... y no soltó prenda.

—Tú no eres obregonista —siguió diciendo—. Eso que dicen del presidente, de que está tratando de imponer al ingeniero Bonillas, no es totalmente cierto. Está tratando de acabar con el caudillismo, y eso es todo. Es civilista.

Y era cierto lo que decía el coronel, sólo que Obregón, además de caudillo militar, era un líder cuya popularidad se había acrecentado desde que puso a Villa en su lugar, cobrando arraigo entre las clases laborales.

Carranza, quién sabe por qué designio fatal, se empecinó en su afán civilista y le abrió proceso a Obregón por actividades subversivas, y envió fuerzas a Sonora para evitar que se alterara el orden; por todo lo cual, el gobernador de aquella entidad, don Adolfo de la Huerta, proclamó el Plan de Agua Prieta, desconociendo al gobierno de Carranza.

Esto provocó una serie de levantamientos contra el gobierno del centro. Todos los días daba cuenta la prensa de los triunfos rebeldes y de numerosas defecciones en toda la República.

En vista de esto, un día de primero de mayo me habló el coronel:

—Vamos a Saltillo —me dijo—. Quiero que tú me des escolta.

—Estoy listo —le contesté—. Voy a avisarle al teniente coronel— y así lo hice.

—Está bien— dijo el teniente coronel—. Procure llevar a aquellos que son más leales al jefe —y también así lo hice. Escogí pura gente de Galeana.

En el camino me puso al corriente sobre el motivo del viaje: íbamos a pedir consejo al general y doctor Rafael Cepeda, que al parecer se hallaba gozando de licencia tras haber cumplido su mandato al frente de la gubernatura del estado de Coahuila. El doctor era hermano del malogrado general Abraham Cepeda, jefe que fuera de la 21^a brigada, a la que pertenecieron los Nuncio.

Era ya de madrugada cuando llegamos a la casa del doctor, en la calle de Juárez número 53, en Saltillo (casi al frente del cuartel donde alojamos la escolta, y a la siguiente puerta de la casa de mis padres). Tocamos discretamente. Creo que el doctor andaba levantado, pues no tuvimos que esperar mucho. La entrevista fue breve. En pocas palabras el doctor nos dijo que no había nada qué hacer más que

apechugar; que ya se había volteado todo el ejército. Que hiciéramos lo mismo nosotros y esperaríamos.

Después de una emotiva despedida, salimos a la calle; el coronel tomó un coche y se fue al hotel. Yo toqué en la puerta siguiente, casa de mis padres; me abrieron, y después de cambiar unas cuantas palabras, me acosté y dormí un sueño breve pero reparador.

Antes de las seis de la mañana estaba en el cuartel. Ya Diego Luna, el segundo comandante de la escolta, me estaba esperando. Malas noticias fue su saludo.

—¿Qué hay? —le pregunté.

—Que el teniente coronel Meneses se sublevó en Concepción del Oro y que al coronel Nuncio lo sacaron esta madrugada del hotel y se lo llevaron preso a la jefatura.

—Forma la escolta y... a ver si podemos salir —le dije.

Cuando la escolta empezó a moverse, el centinela gritó:

—¡Cabo de cuarto! ¡Tropa armada!

El cabo de cuarto fue a mi encuentro y me pidió que esperara, que iba a avisarle al oficial de guardia.

Cubierto el formulismo de rigor, el oficial me informó que tenía órdenes de no permitir la salida de ningún contingente armado.

—¡Qué raro! —le dije—. A mí me acaban de ordenar que le dé escolta a Coahuila y Zacatecas. Avise que salí y si la prohibición me alcanza a mí, hasta por teléfono me pueden ordenar que regrese.

El oficial me hizo caso: se puso a hablar por teléfono mientras yo asumía el mando de la escolta: “De frente, ¡marchen!” Al salir: “Por la derecha, ¡marchen!” Esta última maniobra tenía por objeto ponernos a cubierto de las miradas de la guardia del cuartel; pues apenas nos cubrimos, ordené paso veloz, y a paso veloz llegamos a la estación.

Los soldados se embarcaron inmediatamente. Yo me fui a donde estaba el maquinista y le ordené salida. Y nos fuimos.

En Jazminal me dijo el maquinista que hasta allí llegaba porque el jefe de estación informaba que en Ávalos había una fuerza no identificada.

—Pues vamos identificándola —sugerí—. ¿Hay teléfono?

—Sí —contestó.

Me bajé del tren, pedí al jefe de estación que me comunicara con el jefe de la fuerza estacionada en Avalos. Esto lo hizo sin dificultad y... ¡vaya sorpresa! Era mi compadre Pablo Rodríguez, y Mariano, su hermano. El general Meneses (que se iba diciendo general) les había perdonado la vida, y al volverse habían empezado a desertar los soldados viejos y a unirse a mi compadre Pablo. Llegó a Ávalos con cerca de cuarenta hombres. Ya les había hablado a los compañeros destacamentados en Aranzazú, Cedros y Camacho, pidiéndoles que eludieran a Meneses.

En seguida nos pusimos en marcha; recogimos a la gente de Avalos y seguimos a la Concha del Oro donde establecimos el orden alterado por los rebeldes. Ofrecimos

garantías al comercio, que había sido extorsionado por aquéllos, y organizamos rondines que patrullaran la población. Por la tarde llegaron los capitanes De la Fuente, Uribe y Contreras, y mejoró mucho la situación.

Desde por la tarde, cuando se nos incorporaron los compañeros de los destacamentos, al ver que nos acercábamos a los trescientos hombres empezó a perfilarse en mi mente, de manera imprecisa, la forma de rescatar al coronel Nuncio. Y con esa idea entre ceja y ceja, como dice la China Mendoza, por la noche, Mariano y yo nos pusimos al frente de cinco o seis elementos escogidos, y nos fuimos a hacer un patrullaje especial.

Eran pasadas las doce de la noche; tras caminar con las debidas precauciones, nos encontrábamos en una parte alta que dominaba gran parte de la población. Teníamos allí un buen rato, cuando, de improviso, se abrió una puerta en una altura mayor que la que ocupábamos nosotros, y se vio una luz que se contrajo poco a poco hasta quedar sólo la vislumbre.

Sería por la hora que era o quizás simple corazonada, el caso es que aquello nos pareció sospechoso, y decidimos ir a ver de qué se trataba.

Pudimos llegar hasta junto a la puerta sin que nos sintieran. Estaba sólo entornada. Por eso, tras la señal convenida, irrumpimos todos en el recinto, intimando rendición a sus ocupantes y ordenándoles mantener las manos en alto.

Les ordenamos luego acercarse a la pared y dar media vuelta, para que los muchachos vieran si no andaban arma-

dos. A continuación recogimos dos pistolas, algunas armas blancas y la correspondencia que estaba sobre la mesa.

Alumbrados por su propia lámpara, fueron conducidos al cuartel los 22 fallidos obregonistas, y al día siguiente yo, personalmente, los llevé a Saltillo. El general Neira me preguntó de qué gente era yo, y cuando le dije que del 37° regimiento de Caballería, le causó extrañeza.

—¿Cómo? —dijo—. ¡Si el 37° regimiento es rebelde! Yo le contesté, cuadrándome:

—Dispense, mi general, el que es rebelde es el teniente coronel Meneses.

—A ver, coronel Cadena, hablele al coronel Nuncio.

—¿Qué pasó, Juan? ¿Qué hubo allá?

—Lo que pasó, mi coronel, fue que el teniente coronel Meneses se levantó en armas. Se quiso llevar al regimiento, pero sólo lo siguieron los capitanes de nuevo ingreso y algunos soldados que no supieron qué hacer. No llegan a cincuenta los que lo siguieron.

—Mire, coronel Cadena; vaya con el coronel Nuncio a Concepción del Oro; vea si la gente que permanece leal al gobierno es más del cincuenta por ciento, que se quede el coronel al frente de su regimiento. Si es menos, que se vengán con usted él y su gente.

Al llegar a Concepción del Oro me bajé del tren en la curva, y cuando llegaron los coroneles ya estaban formados los cuatro escuadrones, y como sugerí que los formaran separaditos, se veía como que estaban completos.

El coronel Cadena no llegó al cuartel. Desde lejos vio la formación y le dijo al coronel Nuncio:

—No tengo a qué llegar; su gente está completa; quédese con ella y lo felicito.

Y se despidieron de abrazo y toda la cosa.

Todavía no llegaba Cadena a Margaritas cuando ya nosotros estábamos dando el grito de rebelión, y al día siguiente estábamos amagando Saltillo.

Y entramos, sólo que ayudados por otras fuerzas. Del lado de Galeana llegó el ya general Reynaldo Nuncio.

Al tercer día de estar en Saltillo me llevé una sorpresa: al leer la orden del día, figuraba yo como capitán de vigilancia, y como jefe de día el coronel de Caballería Emilio Saucedo. ¿Se dan cuenta? En la noche platicamos largo y tendido. Mi general Almazán había reconocido el Plan de Agua Prieta y al entrar a Saltillo pidió la libertad de Saucedo y de los dos muchachos que lo acompañaban, y los afilió a su división... de catorce hombres.

Luce un tanto sucia la hoja de servicios del general Almazán, ¿o no? Veamos:

Hace sus primeras armas al lado del caudillo del agrarismo, general Emiliano Zapata, quien, aquilatando su personalidad física, lo eleva a la más alta jerarquía militar: lo hace general de división.

Permanece fiel al zapatismo hasta que el general Victoriano Huerta asesina al presidente Madero y usurpa el poder.

Almazán comete su primera defección. Abandona a Zapata y se pasa a las fuerzas de la usurpación, aduciendo

que él luchaba contra Madero y que, desaparecido éste, se ponía a las órdenes del nuevo mandatario.

Huerta lo reconoce como general de división y lo incluye en la “poderosa” columna que al mando del general de división J. Refugio Velasco, saldría al norte a exterminar al guerrillero Francisco Villa.

A la caída de Huerta, el general Almazán siguió a salto de mata, ya como zapatista, ya como villista o algo parecido. Tal era en mayo de 1920; pero al triunfo del Plan de Agua Prieta, dijo que su lucha era contra Carranza, y como éste ya había sido derrotado, se afiliaba a dicho Plan, reconociéndolo en todas sus partes. Ahora era obregonista.

El presidente Carranza, viéndose abandonado por todos, quiso refugiarse en Veracruz como en su lucha con Villa; pero el general Guadalupe Sánchez, en quien confiaba, los traicionó también, viéndose obligado a abandonar los trenes e internarse en la sierra de Puebla, donde fue asesinado la madrugada del 21 de mayo de 1920.

Murió Carranza, pero el carrancismo estaba vivo. Sólo hacía falta un jefe de prestigio que lo acaudillara. Don Pablo González quiso ser ese caudillo, pero le faltaban simpatía y audacia, y adolecía de algunas fallas muy notables. Hizo que pusieran al frente de un gran ejército, equipado con el mejor armamento, al general Jesús Guajardo, el asesino de Zapata. El, don Pablo, daría el grito en Monterrey, secundado por los generales Marciano González, Ireneo Villarreal, Félix Lozano y otros.

Alguien se adelantó o alguien se atrasó; el caso es que Guajardo se sublevó en Hipólito, Coahuila, sin saber luego qué hacer, pues permaneció allí todo ese día, sin avanzar hacia Torreón o hacia Monterrey.

Ese mismo día salimos nosotros, los del 37° a reunirnos con el general Matías Ramos Santos, que estaba en Parras. Allí supimos, por la tarde, que se habían movilizadado hasta Viesca, y comprendimos que trataban de penetrar a terrenos muy conocidos nuestros, por lo que pedimos al general Ramos que nos permitiera ir a cortarlos en Ávalos, lo que nos dio oportunidad de descubrir que no llevaban ningún equipo especial, pues se limitaron a hacer unas cuantas descargas de fusilería, y echarse a correr con el rumbo que había seguido Ismael días antes.

Y aquí surge un enigma: nosotros, los del 37°, no embarcamos esa misma tarde en San Salvador, de regreso a Monterrey, donde prevalecía la amenaza de un levantamiento. Llegamos a Monterrey antes de la medianoche; cenamos y nos acostamos.

Muy temprano por la mañana, me habló el coronel:
—Levántate, vamos a saludar al doctor y general Miguel Martínez. Es el director del Hospital Militar y muy amigo mío.

Fuimos. El doctor nos recibió sin ceremonia. El coronel me presentó como un paisano y amigo, oficial del regimiento.

Cuando empezaron a platicar de sus cosas, yo me retiré a una ventana que daba a la calle. Llevaba allí unos cinco

o diez minutos, cuando vi que llegaban al hospital unos camilleros con un herido o muerto.

—Ahí le traen chamba, doctor, dije en voz alta.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque acaban de entrar unos camilleros con un herido.

—¡Ah!... no, es el general Jesús Guajardo, que llegó ayer tarde aquí a Monterrey. Llegó a casa de un compadre. Quería comunicarse con don Pablo González; pero don Pablo está incomunicado. Le impusieron prisión domiciliaria. El compadre, no queriendo complicaciones, lo denunció.

—Entonces, ¿a quién andábamos persiguiendo ayer tarde?

—Yo he dicho que ya no andaba con la gente, pero hay quien asegura que sí, que lo vieron pasar por Potosí y luego por el Barro, que iban dos hombres con él y llevaban dos mulas cargadas, según esto, con dinero. Otros más, los vieron pasar por el cañón que va de Rayones a Montemorelos, pero ya sin mulas. Por último, hay quien asegura que las mulas fueron encontradas cerca de Agua de los Marranos, en el cerro de Potosí, todavía aparejadas. Los que tal afirman, aseguran que en algún lugar del cerro de Potosí se encuentra el tesoro de Jesús Guajardo.

Ese mismo día que estuvimos con el doctor y coronel Miguel Martínez en el Hospital Militar, nos avisaron que muy temprano habían salido rumbo a Laredo los

generales Marciano González, Ireneo Villarreal y Félix Lozano, frente de las fallidas fuerzas golpistas.

El coronel Nuncio recibió la orden de que, con los restos del 37° regimiento de caballería y la fracción del 26°, de la misma arma, salieran a perseguir a los fugitivos.

Así lo hicimos, logrando hacer contacto con su extrema retaguardia en un punto llamado La Barranca, más allá de Lampazos de Naranjo. Pero yo creo que no hubo ni cincuenta disparos por ambos lados, pues pronto emprendieron la fuga.

Seguimos avanzando hasta más allá de Los Rodríguez, hoy municipio de Anáhuac, donde nos informaron que ya habían brincado el charco, por lo menos los jefes, y que la tropa se había dispersado.

Ante tal alternativa, el coronel ordenó que nos regresáramos haga la margen izquierda del río Salado, donde descansamos un buen rato.

Mi compadre Antonio Nuncio y yo nos pusimos a pescar agujas, peces que abundan en el río Salado (sin anzuelo ni red; con las uñas).

Más tarde reanudamos la marcha, llegando por la noche a la barranca, donde cenamos y dormimos muy a gusto, pues hacía calor y no necesitábamos cama ni cobija.

Al día siguiente entramos a Lampazos, donde habríamos de permanecer un mes. Cuando hicimos nuestra entrada, estaban sobre la banqueta de la izquierda los generales Alfredo Rueda Quijano y Rodrigo Quevedo, y los coroneles Sánchez y Treviño. Desde antes de emparejar a donde estaban, formu-

lamos el saludo militar correspondiente, mientras el general Rueda Quijano nos dirigía el mejor piropo que manola alguna haya escuchado jamás: “¡Qué lindos pelados trae el coronel Nuncio!” –dijo refiriéndose de seguro a Apolonio Salazar y a mí, que íbamos al frente de la columna.

Antes de seguir adelante quiero referir una coincidencia; quizá a alguien le sirva.

El mismo día que entramos a Lampazos de Naranjo, que debe haber sido alrededor del 25 de julio de 1920, tuvo lugar un hecho de trascendencia; la rendición del general Francisco Villa. Lo recuerdo porque la orden del día correspondiente a esa fecha, contenía estos datos: *Seña: Rendición. Contraseña: General Francisco Villa. De Policía: Sabinas.*

A mediados de agosto de 1920, obedeciendo órdenes superiores, nos embarcamos rumbo a Chihuahua.

En Bermejillo nos detuvimos unos minutos para saludar al general Villa, que se encontraba ahí esperando una comisión que venía de México a ultimar los arreglos pactados para su amnistía, y a entregarle la hacienda de Canutillo, que complementaba los acuerdos.

Estaba sentado el hombre en los peldaños de una puerta de la estación del ferrocarril. Apenas se levantó a contestar el saludo que le brindamos, volviendo luego a sentarse, para preguntar:

—¿De qué gente son ustedes?

Cuando el coronel le dijo que eran fracciones del 37° y del 26° regimiento de caballería, al nombrar el 37° pareció recordar algo; pero sólo nos midió con la mirada. El

coronel puso fin a la entrevista, expresando al Centauro del Norte su enhorabuena y formulando votos por un fructífero y merecido descanso. El general sólo dijo:

—Gracias. Que les vaya bien.

Reanudamos la marcha hasta estación Jiménez, donde teníamos orden de desembarcar, como lo hicimos, permaneciendo allí más de un mes.

De vez en cuando íbamos al pueblo en un tranvía de mulas. Aún se respiraba horror por el asesinato de trescientas soldaderas. Este hecho fue muy sabido entonces; ahora lo citaremos siquiera para inspirar horror a las nuevas generaciones, hacia el monstruo apocalíptico de la guerra. Helo aquí:

Un capitán villista trataba de desertar; pero Villa le pescó la movida y, sin más trámite, lo fusiló.

La mujer del capitán, sin hacer polvo, “se arrejuntó” con algún oficialillo cualquiera, y esperó...

Un día, cuando ya lo del capitán estaba casi olvidado, la mujer cogió una de las pistolas del capitán, y ocultándola en alguna forma salió a caminar. No había pasado mucho tiempo cuando vio a Villa en uno de aquellos momentos en que solía apartarse de la gente, a meditar. Estaba sentado en algo como un murito, a campo raso. La mujer lo observó a la distancia; estaba ensimismado, abismado; mejor. Ella echó a caminar casi en sentido contrario; pero empezó a describir una curva hasta colocarse a espaldas del general. Entonces avanzó sigilosamente, como felino presto a lanzarse so-

bre su presa, hasta colocarse a un metro de Villa; sacó entonces el arma y apuntó cuidadosamente a la nuca y oprimió el llamador... ¡No había cortado cartucho! Al oír el martillazo, el general volvió la cara, y saliendo de su ensimismamiento la desarmó con violencia, dando orden de que la fusilaran en el acto, y con ella a todas las soldaderas que andaban con la tropa; trescientas, según se dijo. Creo que Rodolfo Fierro fue el ejecutor de la bárbara orden.

Todavía estábamos en Jiménez cuando tuvieron lugar las elecciones para presidente de la República. Nosotros fuimos formados y desarmados para votar; pero no digo por quién: el voto es secreto.

Días después fuimos transferidos a Chihuahua. Nos instalaron en el cuartel del 26° Aún había huellas de sangre en los muros, donde fusilaron al general Felipe N. Ángeles, otro gran militar.

Con el general Ángeles cayeron prisioneros el coronel Néstor Enciso Ponce de Arce y el capitán Francisco Recéndez; pero éstos alcanzaron la gracia de que les conmutaran la pena: los degradaron solamente.

El coronel se incorporó al 26° regimiento de caballería con el grado de mayor, y el capitán Recéndez con el de sargento 1°.

Al coronel Nuncio al fin le hizo daño su lealtad a Carranza, pues apenas ocupó la presidencia el general Obregón, lo llamaron a México, donde quedó como jefe de sección en el Departamento de Caballería de la Se-

cretaría de Guerra y Marina. La jefatura del regimiento lo ocupó el general Alfredo Rueda Quijano, el del piropo de Lampazos. Se salió con la suya.

En realidad yo le había caído bien. Para empezar, me hizo figurar en el Estado de Fuerza, como teniente sin despacho; y ya para finalizar el año, me ascendió a capitán 2º, “por méritos en guarnición”.

Pero desde que nos quitaron al coronel (porque desde nuestro punto de vista, no le quitaron la gente al coronel, sino a la gente le quitaron el coronel) empezamos a sentirnos huérfanos, y comenzó a desgranarse la mazorca: todo mundo empezó a pedir su baja. A mí me llegó a partir del 21 de enero de 1921.

Viéndolo bien, yo no tenía motivo de queja. El general Rueda Quijano era demasiado bueno conmigo, y los nuevos jefes, por lo menos, eran atentos; sólo que a mis compañeros les exigían demasiado; a sabiendas de que eran gente rústica, los maltrataban con palabrotas porque no sabían mandar ciertas maniobras complicadas.

Por no seguir siendo testigo de tales injusticias, me retiré sin pesar, y aún no me arrepiento.

Agradecimientos

En la elaboración del escrito que prologa el relato de don José Juan Charles Luna me pude apoyar en varias personas, en su mayoría ligadas al magisterio: Jorge Santiago Alanís Almaguer, Juan José Arévalo, Héctor Franco, Jesús Mario Mendoza, Omar Ruvalcaba, Lídice Ramos, Olga Vázquez, y en los hijos del propio autor del relato, los profesores María Luisa y Ariel Charles Rodríguez. A todos ellos les hago patente mi gratitud.

Abraham Nuncio.

Esta edición consta de 1000 ejemplares. Se terminó de imprimir en diciembre de 2010 en los talleres de Grafo Print Editores, S. A.. Para la composición se utilizaron tipografías de la familia Baskerville. Para los interiores se utilizó papel bond ahuesado de 90 gr y para los forros couché de 225 gr.

El cuidado de la edición estuvo a cargo del
Fondo Editorial de Nuevo León.